

LASDAOALPLAY presenta

UMBRAL



Lo que le dijo su madre cayó sobre ella como un jarro de agua fría. No podía creer lo que estaba oyendo a través del teléfono, pero si ésta había tomado la decisión de llamarla al trabajo e interrumpirla, era porque realmente se trataba de algo que la inquietaba.

—Estoy muy preocupada por tu tío, desde el domingo pasado que comimos juntos no sé absolutamente nada él... —dijo su madre con un hilo de voz temblorosa—. Algo me dice que le ha sucedido algo...

Aunque el tono de voz de su madre la afligía cada vez más, Valeria intentó mantener la sangre fría.

—No te preocupes tanto, mamá, seguro que no es nada, debe estar ocupado en el trabajo. —Cualquier excusa era válida para sacar hierro al asunto.

Pero su madre no dio su brazo a torcer, ya que en su fuero interno podía sentir que la conexión que tenía con su hermano se había roto para siempre.

—Ramón ha desaparecido... si es que no le ha ocurrido algo peor...

Valeria quiso sacar aquella idea de la mente de su madre. Era consciente de cuan peligrosa podía llegar a ser, pero no pudo, ya que la conversación terminó en ese instante, justo en el momento en que su madre rompió a llorar por enésima vez desde que aquella mañana se había levantado y, tras varios días preocupada, había sido incapaz de localizar a su hermano.

Se despidió con un mensaje de alivio para Marta, su madre, prometiéndole que en cuanto pudiera se reuniría con ella, y soltó un profundo suspiro cuando dejó a un lado el teléfono. Pero si bien era incapaz de quitarse de la mente el sonido de las lágrimas de su madre, ella pareció no inmutarse. Muchas veces se había preguntado si es que era insensible, pero sabía de sobras que ella era así, diferente a su madre. Siempre lo había sido. Mientras que su progenitora era más pasional, se movía por arrebatos y se expresaba con grandes aspavientos, Valeria era tímida, silenciosa y mucho más discreta... En muchos sentidos se parecía a su tío Ramón. Pero ello no quitaba que se sorprendiera de que la posibilidad de que el hombre que había sido algo más que su tío, en realidad, un padre para ella se hubiera esfumado de la faz de la tierra no consiguiera arrancarle ni un arrebató, ni una lágrima, por pequeña que fuera.

A sus treinta y pocos años, Valeria se quedó atónita ante la frialdad de sus sentimientos. No es que hubiese pensado mucho en que haría ante una situación

como aquella, nadie lo hace, sin embargo, esperaba que pudiese reaccionar de forma más abierta, más emotiva... peliculera, tal vez.

Una sonrisa asomó en su rostro al ver con qué comparaba sus sentimientos.

«Solo tú podías pensar en hacer de esto una peli, Valeria», se dijo mientras no dejaba de sonreír con acritud, pero no podía evitarlo, era deformación profesional.

Después de trabajar y dedicarse en cuerpo y alma a su carrera, por fin había conseguido su objetivo: dirigir su propia película. Desde que se licenciara en una carrera con muchas salidas, pero pocas motivaciones vitales, Valeria se había adentrado en el mundo de la producción cinematográfica ocupando todo tipo de puestos de trabajo, desde ayudante del director de la segunda unidad de una serie con más bien pocos recursos, pasando por correctora de guiones, ayudante de diseño de producción y ese largo etcétera de empleos que podrían llevarla a su objetivo, todos ellos pequeños peldaños de una escalera muy empinada. Y, ahora, precisamente cuando parecía que todo en su vida iba rodado, había tenido que interrumpir el rodaje cuando en el estudio había irrumpido uno de los miembros de su equipo trayendo la mala noticia.

—Valeria, tienes una llamada —había dicho a su entrada, fastidiando la toma y haciendo que todos los presentes se giraran para mirarlo con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —le preguntó Valeria con voz fría acercándose a él—. Nos has jodido la escena.

—Tienes una llamada —había insistido.

—Pues ya la hubiese atendido más tarde, cuando hubiese...

—Es importante, Valeria —le dijo acercándole el teléfono.

No supo exactamente porque, pero en los ojos de su compañero pudo leer algo que le hizo comprender que realmente tenía que atender la llamada, que no era algo que pudiera esperar.

—Está bien —accedió y dirigiéndose a su asistente añadió—: ¿Puedes seguir tú dónde lo hemos dejado?

—Por supuesto, Val —respondió la chica y empezó a vociferar instrucciones al resto del equipo mientras Valeria abandonaba su puesto, se alejaba y buscaba un rincón tranquilo en el que atender la llamada.

Había sido entonces cuando su madre le había dado la noticia de que era probable que uno de los pilares de su vida había desaparecido. Su tío Ramón la había apoyado desde el día en que había anunciado que dejaba apartada la carrera en la abogacía para trabajar en el cine. Su madre no estaba muy de acuerdo, pero Ramón había logrado que su hermana entrara en razón y comprendiera que aquello era lo que Valeria necesitaba, seguir su propio camino y sentirse realizada, y antes de que se enfadara con su hija, había dicho:

—Somos muy pocos como para enfadarnos, ¿no crees, Marta?

Su madre le dio la razón, aunque no quisiera, Ramón solía tenerla. Aquella era toda su familia, su madre y su tío. Valeria había sido fruto de un desliz de su madre, pero esta no había dudado en dejarlo todo para encargarse de ella. Claro que conocía a su padre biológico, pero no era más que eso, nada más tenía que ver con él. Su auténtico padre había sido desde el primer día su tío Ramón. Soltero empedernido... o solitario, depende de quién lo viese, no había tenido ningún problema en formar parte de aquella familia demasiado moderna para finales de los ochenta, pero por lo que ella sabía, no tenía a nadie más. Era como si nunca le hubiese importado demasiado tener una familia propia, con una mujer o hijos. Valeria siempre había creído que era un homosexual reprimido —en una época que eso se puso de moda—, de aquellos que habían crecido en otra época y que no habían sabido salir del armario cuando debían. Sin embargo, cuando había tenido curiosidad, su madre había zanjado el tema sin dudarlo.

—Tu tío no es homosexual, sin embargo, creo que jamás le ha interesado tener una vida de pareja... hace muchos años que va un poco a contracorriente de todo.

«¿A contracorriente?», se había preguntado y se preguntaba ahora mientras recordaba como una película todos los momentos que había compartido con él. Recuerdos de infancia, un tío risueño y siempre disponible, que iba del trabajo a casa y viceversa, solo interrumpiendo ese recorrido para pasar por casa de su hermana y su sobrina, en la que tenía un dormitorio reservado y un plato de comida en la mesa siempre que hacía falta. Vacaciones compartidas, viajes por medio mundo con ellas dos. Escapadas de fin de semana. Su madre, escarmentada por relaciones anteriores y sus obligaciones laborales, no parecía querer tener una pareja fija —a Valeria no le hubiese molestado—, y su tío, con su solitario modo de vida, eran los mejores padres del mundo.

Nunca se había planteado que su tío fuera raro en ningún sentido, solo un hombre dedicado a la familia que tenía.

«No puedo creer que haya desaparecido», se dijo mientras daba vueltas a un sinfín de posibilidades que explicasen la ausencia de su tío y que su madre tal vez no hubiese tenido en cuenta, pero no encontró ninguna. Conocía lo suficiente a su madre para pensar que incluso había llamado a las funerarias.

«Debo ir con ella», se ordenó finalmente recordando la promesa que le había hecho a su madre.

Después de aquel momento, de aquel instante que pareció alargarse eternamente pero que solo duró los escasos minutos de la llamada de su madre y los pocos que siguieron al recordar a su tío, tomó la decisión de dejarlo todo y partir para ir con la mujer que le había dado la vida. Tal vez no pudieran encontrar a su tío, pero sí que la tranquilizaría, al fin y al cabo, si era cierta la desaparición de su tío, a partir de aquel momento solo se tendrían la una a la otra.

Valeria abandonó el rodaje dejando las instrucciones pertinentes para que todo siguiera funcionando durante su ausencia, y salió a la carrera para encontrarse con su madre.

Cuando Valeria cruzó el umbral del piso en el que todavía vivía junto a su madre, esta la recibió observándola desconsoladamente.

«Parece un perro abandonado», fue lo primero en lo que pensó Valeria al verla, pero aquel chiste desafortunado se esfumó cuando su madre dijo:

—Gracias a Dios que has llegado...

Con pasos rápidos se acercó a su madre y no se anduvo con rodeos.

—¿Has llamado a su trabajo? —Su madre asintió—. ¿A los hospitales? —Su madre repitió el gesto—. ¿A sus amigos? ¿A sus antiguos compañeros de la universidad... los que le quedan? ¿A la policía?

La respuesta siempre era la misma, sí y nadie sabía nada de él, incluso los que los conocían se sorprendían de que un hombre como Ramón se hubiese volatizado hasta el punto de alarmar a Marta. Valeria titubeó un instante y se atrevió a preguntar:

—¿Has llamado a los tanatorios?

Su madre asintió con el rostro compungido y, sin avisar, volvió a llorar con todas sus fuerzas.

Valeria no tardó ni un instante en cobijar a su madre entre sus brazos, que, lentamente, sollozó y apaciguó su llanto.

—Tranquila que lo encontraremos.

—¿Seguro?

La hija asintió con firmeza, aunque, por dentro, no lo tuviera tan claro.

—Pero es que ya no sé donde buscar —replicó su madre—. He llamado a la policía y me han dicho que, de momento, no pueden hacer nada, al fin y al cabo, tu tío es un hombre adulto completamente libre de desaparecer.

Aunque sonara cruel, aquello era cierto, si su tío, por el motivo que fuese, había decidido abandonarlo todo, nadie podía traerlo de vuelta a la fuerza... cambiar de vida de un día para otro no era ilegal.

—Bueno, mamá, no te preocupes, ahora iremos a su casa y veremos si vemos alguna cosa que nos diga donde ha podido ir y que se te haya pasado por alto cuando... —Valeria detuvo sus palabras, una idea acababa de cruzar su mente y miró a su madre directamente a los ojos—. Mamá, habrás ido a su casa, ¿no?

—¿A su casa? —repitió ella un poco desconcertada—. No, pero he llamado y no ha respondido.

—¡Mamá! —exclamó Valeria levantándose a la vez que tiraba de su madre para que la siguiera—. ¿Y si se ha caído, se ha golpeado y está inconsciente? ¿Cómo cogería el teléfono?

Aunque no quisiera, aquello sonaba a reproche, algo que hizo que su madre se mortificara aún más por no haber ido al apartamento de su hermano, pensando en el tiempo que hacía que Ramón hubiera podido estar tirado en el suelo del baño con la cabeza abierta por golpearse contra la pila. Sin embargo, a pesar de todo, ahora había una pequeña esperanza para ellas y una posibilidad de encontrar a su tío.

Casi como si viajaran a la velocidad de la luz, Valeria y Marta salieron de su casa, recorrieron unas cuantas calles y, en un abrir y cerrar de ojos, se hallaban frente a la puerta del apartamento en el que vivía su tío. Aunque no solían ir de visita, ya que era él el que acostumbraba a ir a su casa, tenían una llave con la que poder entrar por si hacía falta.

Valeria hizo girar la llave en la cerradura y la puerta giró sobre sus goznes, dándoles paso a un espacio silencioso. El hogar de su tío era un solo espacio, en el que cocina, comedor y salón estaban juntos, y solo una puerta llevaba a un pasillo en el que tres puertas más las esperaban. Una de ellas estaba abierta de par en par y dejaba ver una habitación pulcra y ordenada; otra estaba entreabierta, dejando ver de refilón un modesto pero limpio baño; solo la tercera estaba cerrada a cal y canto. Las dos mujeres examinaron cada rincón de todos los espacios a los que pudieron acceder sin tener que tocar nada —algo en su fuero interno les hizo preservar las posibles pistas para la policía— y no hallaron ni un rastro de Ramón, por lo que solo les quedaba aquella puerta cerrada.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Valeria a su madre.

—No lo sé, las pocas veces que he estado aquí solo lo he hecho para venir a buscar a tu tío y casi ninguna he pasado del salón... Sabes de sobras que incluso había ocasiones en las que era él el que se quedaba a dormir en casa.

Ante las palabras de su madre, Valeria no se lo pensó dos veces e hizo girar la manecilla. En cuanto la puerta se abrió por completo, Valeria alargó una mano para alcanzar el interruptor y encendió la luz. Lo que apareció ante sus ojos hizo que su madre no pudiera evitar llevarse la mano al pecho y exclamar:

—¡Válgame, Dios! ¿Qué es todo esto?

Por su parte, Valeria se quedó sin palabras, no podía entender lo que veía. La habitación parecía un despacho, pero nada tenía que ver con el ordenado estudio que podría tener un hombre como su tío, sino que aquello parecía la obra de una mente que rozaba la locura y que padecía un síndrome de Diógenes extremo. Olía a cerrado, a papeles viejos y a polvo acumulado. Todas las paredes, salvo una, estaban cubiertas por notas escritas a mano, documentos, imágenes, fotocopias y recortes de periódico en decenas de idiomas en las que se hablaban de ovnis y avistamientos de naves espaciales; incluso la ventana, cerrada y con la persiana totalmente bajada, estaba recubierta por todo tipo de papeles. La pared restante, además de un escritorio abarrotado de pilas de libros, carpetas y dossiers, tenía una estantería en la que seguían acumulándose blocs de notas manoseados, gruesos archivadores y cajas llenas, con toda probabilidad, de más papeleo de todo tipo.

La impresión que daba aquella habitación era que lo que había empezado siendo un despacho ordenado había agotado el espacio y se había visto superado

debido a la acumulación de demasiada información, ya que incluso el suelo estaba lleno de montones de papeles apilados sin orden ni concierto.

Lo único entre todo aquello que parecía mantener un poco el orden era el ordenador portátil que había sobre el escritorio, cuidadosamente situado en el centro y con la tapa cerrada.

Valeria fue repasando cuanto veían sus ojos a medida que se adentraba en aquel espacio, mientras que su madre permaneció bajo el umbral de la puerta sin atreverse a cruzarlo. Cuando estuvo frente al ordenador, levantó la pantalla y pulsó el botón para encenderlo.

—Por lo que parece, el tío llevaba algún tipo de investigación sobre alienígenas, ovnis o extraterrestres, llámalo como quieras —dijo casi distraídamente mientras el aparato zumbaba al activarse.

—¿Por... Por qué? —preguntó su madre entre murmullos y fregando compulsivamente una mano con la otra sobre su pecho.

—No lo sé —respondió Valeria encogiéndose de hombros—, pero está claro que sus ratos libres y los que no estaba con nosotras, los dedicaba exclusivamente a esto —afirmó extendiendo los brazos para abarcar cuanto la rodeaba.

Cuando el ordenador se encendió, apareció una pantalla negra con un espacio en blanco para escribir una contraseña.

—¿Se te ocurre alguna palabra clave que pueda ser una contraseña en este ordenador?

Su madre negó con la cabeza a la vez que no dejaba de mirar la habitación desde la puerta, sin poder creerse que aquello fuera obra de su hermano. En su mente era como si, de repente, ya no conociera a aquel hombre con el que había compartido toda su vida.

Valeria tecleó las palabras que le vinieron a la mente relacionadas con lo que había en aquella habitación y el ordenador siempre le denegaba el acceso.

Entonces, detuvo su mente, saturada por el reciente descubrimiento, y se centró.

«Piensa, Valeria, piensa», se dijo cerrando los ojos y forzándose a que la avalancha de información que estaba teniendo en aquel momento no le nublara la mente.

A pesar de lo que pudiera significar todo lo que había en aquel despacho, seguía siendo su tío, aquel hombre que la quería y que tanto se había esforzado por ella y probó la palabra más obvia que podía utilizar Ramón Cabanas para bloquear un ordenador.

VALERIA

«Contraseña correcta», fue lo que respondió el sistema operativo.

Valeria sonrió con ternura, solo un hombre como su tío pondría una contraseña tan obvia en un ordenador en el que quería guardar algo tan importante como parecía que era aquella supuesta investigación.

Una vez accedió al escritorio del ordenador, examinó las carpetas que había guardadas en él y se percató de que allí, al igual que en aquel despacho, se habían multiplicado los documentos hasta el infinito. Además de las fotografías y los documentos de todo tipo descargados de internet, también había videos con extrañas imágenes, todas ellas borrosas, de luces y figuras irreconocibles que se movían de aquí para allá en cuestión de segundos y que formulaban más preguntas de las que respondían.

—¿Has encontrado algo? —preguntó su madre sin atreverse a cruzar aquel umbral, como si una fuerza invisible se lo impidiera.

Valeria negó sacudiendo la cabeza.

—Entonces, puede que debemos llamar de nuevo a la policía, ¿no?

—Sí, insistamos un poco a ver si pueden ayudarnos con todo esto.

La respuesta de Valeria fue más bien lacónica, al igual que la que obtuvieron de la policía cuando consiguieron, horas más tarde, que un par de agentes visitaran el apartamento de su tío. Aunque les dieron la razón de que la desaparición de su hermano y tío respectivamente parecía extraña si se tenían en cuenta las costumbres de Ramón, si se le sumaba lo que había en aquella habitación, aunque resultara confuso, encajaba en el perfil de un hombre solitario y obsesionado con algo como los extraterrestres. Después de un buen rato examinando el apartamento de Ramón, escuchando atentamente las explicaciones de las dos mujeres y tomando notas, los dos agentes se despidieron amablemente afirmando que empezarían los trámites para notificar la

desaparición y prometiéndoles que se pondrían en contacto con ellas en cuanto pudieran tener alguna noticia de Ramón.

Después, las dejaron solas en aquel lugar que sin su habitante les parecía tan extraño e inquietante.

—¿Crees que nos dirán algo? —preguntó su madre esperando encontrar en la respuesta alguna esperanza perdida.

—Lo dudo, mamá —dijo la hija prefiriendo ser sincera.

Con aquellas pocas palabras, Valeria zanjó la conversación y ambas abandonaron el apartamento de Ramón Cabanas y regresaron a su hogar cabizbajas. Sabiendo que, de momento, no tendrían noticias de su tío y que deberían tener mucha más paciencia de la que sus corazones podían soportar.

Sin que apenas pudieran darse cuenta, fueron pasando los días desde que su madre la había llamado al trabajo para decirle que su tío había desaparecido. Analizando sus recuerdos, ambas habían podido leer en los rostros de esos dos agentes de policía que Ramón no era más que un hombre solitario y raro que, por mucho que quisiera a su familia, había escapado en busca de sus obsesiones sin avisar nadie.

En ese tiempo, Valeria había regresado al rodaje de su película, pero a todas horas estaba atenta a las posibles llamadas de su madre, de cualquiera que supiese algo de su tío o, en el mejor de los casos, de este. Sin embargo, salvo las puntuales llamadas de su madre preguntando si sabía algo, nadie más abrió la boca o dijo algo sobre Ramón Cabanas que pudiera ayudarlas a encontrarlo.

Así que, sin ninguna noticia que les pudiera dar esperanzas de la reaparición de su tío, llegó el domingo y, como era costumbre, Valeria se reunió con su madre para comer. Pero aquel no era un domingo como los otros, era el primero que comían juntas sin Ramón, o al menos sin saber nada de él, ya que no era la primera vez que él no estaba —ahora ya sabían a qué dedicaba los domingos en los que se ausentaba—, y un extraño e incómodo silencio se apoderó de ellas. Ni tan solo los avances en la película de Valeria hicieron que la conversación fluyera como era habitual. Era como si al desaparecer, Ramón también se hubiese llevado la alegría de aquel hogar.

Por ese motivo, cuando el timbre del portal sonó, lo hizo con mucha más fuerza de lo que era habitual, ya que interrumpió un silencio tan denso que casi se podía cortar con un cuchillo. Las dos mujeres intercambiaron un par de miradas y en sus rostros pudieron leer cierto alivio, como si a aquel timbre solo pudiera llamar una persona. Mientras Marta no tuvo fuerzas para levantarse, como si se hubieran esfumado de repente, Valeria se levantó a toda prisa y abrió el portal. Los minutos que siguieron, mientras que la persona que había llamado cogía el ascensor y subía hasta la cuarta planta de aquella finca, se eternizaron hasta el punto de que Valeria y su madre estuvieron a punto de salir corriendo y encontrarse con el visitante en cualquier lugar, no importaba donde, siempre y cuando fuera el que ellas tanto esperaban.

Finalmente, el timbre de la puerta del piso sonó y Valeria abrió la puerta sin comprobar quien era a través de la mirilla o preguntarlo a gritos, en su mente pensaba en quien se trataba, en que solo podía ser una persona en particular. Sin embargo, cuando la puerta estuvo abierta, al otro lado del umbral había alguien, pero no era Ramón Cabanas, en su lugar había un hombre no demasiado alto, de barriga salida, pelo alborotado y barba incipiente con un aspecto más bien desaliñado, con una ropa que había vivido momentos mejores y una cartera de piel ajada colgando del hombro.

—Hola, ¿señorita Cabanas? —preguntó mirándola a través de unas pequeñas gafas con muchas dioptrías.

Valeria no respondió de inmediato, sino que tardó unos instantes en que su mente comprendiera que no había sucedido lo que esperaba y el que estaba frente a ella no era su querido tío Ramón, sino un auténtico desconocido.

—¿Eeh? Sí, yo misma.

—Supongo que su madre también está en casa, ¿verdad? —preguntó el extraño.

Valeria asintió, sorprendida por como aquel hombre al que jamás había visto supiera tanto de ellas.

—Tengo algo para ustedes... —Hizo una pausa en la que Valeria se mantuvo a la expectativa—. Una cosa de parte de Ramón Cabanas.

A Valeria se le iluminaron los ojos.

—Adelante, por favor.

El extraño pasó y Valeria cerró la puerta tras él para acompañarlo hasta el comedor, donde su madre, que había escuchado la breve conversación, estaba esperando sentada en una silla. En un primer momento había tenido los músculos tan tensionados que no le hubiese hecho falta la silla, pero al descubrir que aquella no era la voz de su hermano, todo su cuerpo se desinfló sobre el asiento.

—Dice que tiene algo de parte del tío —explicó rápidamente Valeria ante la interrogativa mirada de su madre, que de inmediato cambió su gesto por uno de impaciencia.

Marta hizo un gesto invitándolo a sentarse en una de las sillas libres de la mesa, mientras Valeria se situaba de pie a espaldas de su madre, como si la custodiara.

—¿Quiere un poco de café? —preguntó señalando la cafetera que había sobre la mesa, a pesar de que los nervios la recorrían de pies a cabeza.

—Sí, gracias —respondió el hombre acomodándose en un silla y descolgándose la cartera para dejarla a sus pies.

Marta se lo sirvió y cuando hubo puesto la taza frente al hombre, este empezó a hablar como si el café hubiera sido el pistoletazo de salida para ello.

—Mi nombre es Saúl Rubio, soy amigo Ramón Cabanas y sé que lo están buscando —soltó de golpe.

—Ramón nunca habló de usted —espetó Marta de sopetón; si aquello seguía así, Valeria presenciaría un partido de tenis verbal.

—No me sorprende, lo que nos unía sería extraño a los ojos de la mayoría.

—¿Se refiere a los...? —Marta no se atrevió a concluir la frase pensando en aquella inquietante habitación que había descubierto unos días atrás en el apartamento de su hermano.

Por fortuna, Saúl no le daba reparo hablar sobre esos temas en una sobremesa ajena o en cualquier otro lugar.

—Sí, me refiero a los extraterrestres, sí. Hace años nos conocimos en París y desde entonces nos hemos dedicado a investigar sobre el tema, y lo que es más importante, lo que le sucedió a él.

Madre e hija se sorprendieron ante aquellas palabras.

—¿Qué le sucedió?

—Algo que le cambió la vida y la manera de ver el universo. —Saúl dio un sorbo a su café y continuó—: Se lo contaría yo mismo, pero él me pidió que les diera esto.

Con la última palabra, se agachó para abrir la cartera con la que había llegado colgada al hombro y sacó un fajo de hojas dobladas en tres partes y atadas de cualquier manera con lo que parecía el cordón de un zapato. Tras un instante en el que pareció sopesarlo, como si le costara deshacerse de aquellos papeles, se los entregó a Marta.

La mujer los cogió, deshizo el lazo y los desdobló lentamente, como si tuviera miedo de lo que podía encontrar en ellos, pero de inmediato comprendió lo que tenía en frente al reconocer la letra de su hermano. Su hija, que observaba las hojas por encima del hombro de su madre, no tardó en hacer lo mismo en cuanto lo leyó los primeros pasajes.

Queridas chicas:

Si no me equivoco, ahora mismo os estaréis preguntando dónde estoy — seguramente, tú, Marta, te lo estás tomando demasiado a pecho, por favor, no lo hagas—, y con toda probabilidad penséis que podría ser claro y directo desde el principio y decíroslo sin más, pero estoy seguro de que no me creeríais. Y si bien os puedo anticipar que estoy perfectamente y que no debéis preocuparos por mí, también debo reservarme para el final de esta carta el lugar en el que me encuentro y, para que lo comprendáis, contaros toda mi historia desde el principio... la historia de mi vida que no conocéis y que he mantenido oculta durante más de cuarenta años.

Todo empezó cuando un Seat 131 Supermirafiori cruzaba la frontera entre Cataluña y Aragón a la máxima velocidad que le permitían su motor y el peso que llevaba en su interior, mientras el sol empezaba a ponerse tras el horizonte. Era el verano de 1977.

Un grupo de amigos, que nos habíamos conocido en la universidad un año antes, habíamos tomado la decisión de emprender un viaje estival a lo largo y ancho del país para celebrar que, hasta septiembre, éramos libres de cualquier responsabilidad. Éramos jóvenes, no teníamos trabajo porque no nos hacía falta y, lo más importante, íbamos bien cargados de todo aquello que nos permitiera hacer un viaje mucho más lejos de lo que aquel cochecito sería capaz. Pretendíamos cruzar el umbral de la existencia e ir más allá, casi en una experiencia extracorpórea para comprobar si podíamos conocer y comprender la verdad del universo y el sentido de la vida... En otras palabras, pasaríamos los siguientes quince días entre fiestas, alcohol y drogas, pero era lo que se llevaba por aquel entonces, entre revueltas estudiantiles, el final de una dictadura que había encorsetado un país y con la incógnita de lo que estaba por venir, la nueva generación de jóvenes debíamos vivir cuantas más experiencias mejor antes de que la sociedad nos reclamara para convertirnos en adultos responsables y aquello no fueran más que simples recuerdos.

En concreto, cinco éramos los futuros hombres adultos que íbamos en el interior de aquel vehículo, Pedro, Ernesto, Javier, Juan y yo, dos delante y tres detrás, acompañados por la radio que chisporroteaba por la pobre señal que captaba y un canuto que iban pasándose de uno a otro —conductor incluido—,

mientras dejábamos que nuestras pupilas se perdieran en la luz anaranjada del sol que, lentamente, se escondía para dar paso a la luna.

Por aquel entonces, cuando tú, Marta, eras solo una preadolescente, yo no era más que un estudiante de primero de administración de empresa cuya familia regentaba una gestoría que, sin ser un gran negocio, nos otorgaba una posición cómoda y holgada. Sin ser realmente un rebelde y mucho menos una oveja negra, me dejaba llevar por las modas, como la mayoría, por lo que ahora, sentado tras el conductor, tenía decidido que no me negaría a nada, ya que la vida era corta y había demasiadas cosas para ser vividas como para dejarla perder trabajando todo el verano en la mesa que había frente al despacho de mi padre... eso ya lo haría cuando tuviera el título o, al menos, cuando no tuviera nada mejor que hacer.

Sin embargo, en aquel momento, no pensaba en aquello, mientras daba una calada al porro que venía por mi derecha, de la mano de Juan, y se lo pasaba por encima del hombro al conductor, Pedro, me había perdido contemplando ese punto entre la noche y el día que puede verse si una mira al sur en las últimas horas de sol. En ese lugar en el que el azul marino de la noche que avanza inexorablemente por la espalda le ganaba terreno al rojo de la tarde que se encogía enfrente.

Pero, aunque hubiera querido seguir observando aquel fenómeno cósmico — que tenía lugar cada día, pero en el que nunca había reparado— mientras daba una calada tras otra al canuto que se iba consumiendo a cinco manos, un volantazo me interrumpió y me obligó a agarrarme allí dónde pude a la vez que fijaba mi enturbiada mirada en las rayas de la carretera.

—¡Uuuh! —gritó Pedro a la vez que hacía que el coche volviera a seguir la trazada y se giraba para mirarnos—. Casi nos la pegamos, tíos.

Aquel comentario tan obvio y absurdo que en cualquier otra situación habría comportado quejas y protestas por nuestra parte, provocó que los cinco empezáramos a partirnos de risa de forma descontrolada hasta el punto de que terminamos llorando y con los rostros enrojecidos y doloridos.

Ninguno de nosotros supo cuanto rato estuvimos riendo de aquella manera, íbamos demasiado colocados como para ser conscientes del tiempo, pero cuando nuestros cuerpos se relajaron y el porro volvió a correr entre nuestras manos, fue Ernesto, el copiloto, el que habló:

—¿Os habéis fijado que no hay nadie en la carretera?

A la vez, los otros cuatro empezamos a mirar a nuestro alrededor y comprobamos que era cierto, hasta donde iluminaban los pobres faros del Seat no veíamos a nadie.

—¿Y si somos los últimos seres de la Tierra? —preguntó Juan, sentado en el centro de la parte trasera.

—Eso es imposible —le replicó, Javier desde su derecha.

—¿Por qué? —pregunté mientras sentía como en mi pecho nacía una extraña sensación de incomodidad, de angustia, de agobio, como si lo que se estaba planteando en aquel momento en el interior del vehículo pudiera ser cierto—. ¿Cómo nos puedes demostrar que no estamos solos?

Javier me observó con perplejidad —aunque, seguramente, estaba luchando para centrar sus pupilas desacompasadas por las drogas— y tras unos segundos reflexionando sobre aquella pregunta, comprendió que teníamos razón, no podía aportar ninguna prueba que negara el hecho de que era muy probable que estuviéramos solos en la Tierra.

Justo en ese instante, en el que un incómodo silencio reinaba entre los cinco, ya que ninguno de nosotros parecía atreverse a seguir pensando, por si nuestros mayores miedos se cumplían, la radio chisporroteó con más fuerza, los faros del coche parpadearon como si las bombillas estuvieran a punto de fundirse y el motor tosió, provocando que el coche se sacudiera hacia delante y atrás hasta que se caló.

—Mierda... —dijo Pedro, conductor y propietario, consternado por el fallo.

—Serás inútil, tendrás coche, pero no sabes conducir —protestó Ernesto.

—Yo no he sido —se defendió el conductor.

—Ya, claro, y ¿quién ha sido? ¿Alguien de otro planeta? —rebatía Javier.

—Venga, no seas llorica y vuelve a arrancar el coche, aunque no te lo tengamos en cuenta, nos vamos a reír de ti durante todo lo que queda de viaje —se mofó Juan.

El único que no dijo nada fui yo, no porque no quisiera unirme a la broma, sino porque me había fijado en un detalle que había pasado desapercibido para el resto de mis compañeros de viaje. Justo en el momento en el que el coche había dejado de funcionar, el pequeño e innovador reloj digital que había en el panel de control del coche había pegado un salto de once minutos hacia delante.

—Acabamos de cruzar un portal temporal... —afirmé en un susurro sin estar del todo convencido de lo que estaba diciendo.

Los demás, que seguían enfrascados en una discusión estúpida sobre el talento como conductor del propietario del coche, no lo escucharon, por lo que lo repetí con mayor fuerza y convicción.

—¡Acabamos de cruzar un portal temporal!

Esa vez sí que me escucharon, por lo que uno de ellos no tardó en decir:

—¿Se puede saber qué te has tomado sin que nosotros lo sepamos?

—He fumado lo mismo que vosotros. Va en serio, el reloj digital ha avanzado once minutos en un abrir y cerrar de ojos.

—¿No te habrás dormido?

—¿O te habrás fijado mal? —propuso Pedro justo cuando el motor de su coche volvía a ronronear con normalidad y los faros se encendían de nuevo, algo que nos permitió ver como un enorme tráiler nos pasaba a escasos centímetros por la izquierda a la vez que hacía sonar la bocina como queja; al fin y al cabo, nos habíamos detenido en mitad de la carretera sin ninguna luz que indicase nuestra presencia.

—Veis, no estamos solos —afirmó Javier.

Emprendimos de nuevo la marcha y recuperamos la normalidad que hasta entonces había reinado en el coche. El porro volvió a encenderse y a dar vueltas entre nosotros y nadie siguió ninguna de las conversaciones que nos habían llevado a sentirnos extraños, incómodos y angustiados, como cuando una verdad es innegable, pero, a la vez, no se quiere aceptar.

Sin embargo, mientras el Supermirafiore se adentraba en los Monegros, yo no podía dejar de pensar en lo que había podido asegurar que había sucedido. Aunque no estudiaba ninguna carrera científica, había leído y visto la suficiente ciencia ficción como para estar seguro de que habíamos cruzado un portal temporal, un pequeño agujero de gusano o habíamos viajado en el espacio tiempo, que cada cual lo llame como quiera. Estaba seguro de que había visto como el reloj que marcaba las 21:04 había saltado directamente a las 21:15. No había pestañado, no me había dormido. Por las casualidades del destino, en aquel instante en el que el coche había fallado, yo había estado mirando aquel reloj.

En el interior el Seat un porro sucedió al recién terminado y el camino continuó en la misma dirección, pero fueron las luces de otros vehículos, los respectivos bocinazos y los posteriores volantazos los que hicieron que Pedro se volviera hacia nosotros y afirmara:

—Tenemos que parar.

—¿Por?

—Pues porque no quiero terminar debajo de un camión —protestó entre risas estúpidas—. Apenas veo por dónde voy, no consigo mantener los ojos abiertos y el pie del acelerador me flojea... he fumado demasiado.

—Ya conduciré yo —dijo Ernesto mientras el coche se detenía en el arcén de tierra de la carretera, fuera del peligro que suponía circular drogado.

—No, eso sí que no. No quiero que pase nada con el coche de mi padre, que si se lo araña me los corta —se apresuró a responder Pedro—. Además, que hay más bonito que dormir bajo las estrellas.

Ante aquella afirmación no hubo nadie que pudiera negárselo, así que una vez el coche estuvo bien aparcado y alejado del tráfico, los cinco salimos tambaleándonos. Estábamos en mitad del desierto de los Monegros, la luz de la luna ya se había apoderado de todo y el mundo entero tenía un tono gris azulado. Nos alejamos del Seat y, uno tras otro, fuimos dejándonos caer en el suelo y tumbándonos con la mirada puesta en las estrellas. Las drogas, la brisa y el cansancio hicieron el resto. Lentamente, los demás fueron durmiéndose hasta que solo quedé yo despierto, con la cabeza apoyada en una roca y un porro consumiéndose entre los dedos de mi mano derecha.

Aunque quería dormir, no podía... no podía dejar de darle vueltas a aquel vacío temporal que había experimentado.

«¿Y si el reloj del coche había fallado?», me pregunté, pero en seguida sacudí la cabeza antes de dar una calada.

—No, no, no... Sé lo que he visto y vivido —me dije en voz alta.

Eché la cabeza hacia atrás y me di cuenta de que hacía bastante rato que no circulaba ningún coche por aquella carretera; pero lo que aún me llamó más la atención fue que la luna y todas las estrellas habían desaparecido.

Sorprendido miré el canuto que aún sujetaba y me pregunté que debía llevar aquella mierda para que dejara de ver las estrellas, pero antes de que pudiera

responder un fuerte resplandor me cegó. Era como si la luna fuera el flexo de Dios y este se hubiera pasado al cambiar la bombilla.

Como pude, abrí los ojos parpadeando con fiereza, apenas podía mantenerlos abiertos, pero pude ver algo más allá de la luz. Al darme cuenta de lo que tenía frente a mis ojos, me incorporé a la vez que el porro caía de entre mis dedos. Si hacía un instante había creído que había cruzado un portal temporal, lo que estaba viendo en ese instante aún era más imposible. Tras aquella luz casi cegadora se podía discernir la silueta de una nave... una nave espacial.

Terminé de levantarme sin apartar la mirada de aquel objeto volador no identificado que flotaba a unos metros por encima de mi cabeza, pero la luz se intensificó de tal modo que cerré los párpados a la vez que lanzaba un grito de dolor, mis ojos jamás habían tenido que luchar contra una luz tan intensa. Sin embargo, al cabo de unos segundos, la luz menguó y un golpe de aire me golpeó tan fuerte que me hizo caer de espaldas. Aturdido, no solo por las drogas que llevaba en el cuerpo, sino por el golpe que acababa de recibir, pude comprobar que la nave ya no estaba sobre mí, sino que había pasado de largo. Como pude, me incorporé apurado y miré a mi alrededor para ver si aquello había sido una fugaz alucinación o era algo más. Mis dudas se vieron rápidamente disipadas cuando en el horizonte, justo en la dirección contraria en la que habíamos dejado el coche, una luz resplandecía abriéndose paso en la oscuridad de la noche del desierto aragonés.

Sin pensármelo dos veces, arranqué a correr con pasos titubeantes y a trompicones, pero sin detenerme, nervioso por lo que podría descubrir. No sabía que esperar, que podía suceder a continuación, pero, sin saber cómo o porqué, seguí avanzando, sintiendo como el corazón me palpitaba con fuerza en el pecho, como nunca lo había hecho, sobre todo porque jamás en mi corta vida había hecho algo fuera de lo común. Era un chico demasiado tranquilo como para vivir aventuras... cualquier tipo de aventura, y mucho menos una en la que un ovni estuviese involucrado. Pero me había prometido que ese verano sería diferente y allí estaba, dejándome llevar hacia una experiencia que estaba a punto de envolverme y atraparme para siempre.

La luz brillaba al otro lado de una duna, casi con la misma fuerza con la que la había visto. Temblando por la emoción y un extraño entusiasmo, remonté aquel montículo de arena a grandes zancadas, luchando contra el cansancio, los efectos

de la droga y la absoluta oscuridad a la que me enfrentaba, pero estaba seguro de que valdría la pena.

Los segundos que me separaron de culminar aquella breve escalada se alargaron como si fueran horas, pero, al fin, alcancé la cima de la duna y pude ver lo que había tras ella. Una monumental nave espacial, tal y como era descrita por los escritores de ciencia ficción, cumpliendo al dedillo las características del platillo volante más clásico. Brillando con su propia luz, parecía hecha de un extraño metal cuya luminiscencia resplandecía con halos que mis ojos no podían captar por completo, distorsionando su visión. La nave reposaba sobre su vientre y de unas oberturas con forma de óvalo que había en su perímetro una luz iluminaba la noche de tal modo que la convertía en día. Cautivado y aterrorizado por igual por aquella imagen que no encajaba con nada de lo que había aprendido desde pequeño y sobre lo que se había estructurado mi forma de ver el mundo, me fui acercando como si no fuera consciente en ningún momento de que podía correr peligro. Había olvidado la sensatez, siendo sustituida por una curiosidad que incluso a mí me habría sorprendido si, en algún instante, hubiese sido consciente de lo que estaba haciendo.

Una paso tras otro fui clavando mis pies en el suelo de tierra de los Monegros, a la vez que me acercaba a aquella nave y comprobaba que, a cada paso, se hacía más y más grande. De repente, como si no lo hubiera tenido presente en ningún instante, la nave dejó de ser un mero objeto estático y cobró vida. Un potente estruendo, difícilmente comparable con nada mundano, detuvo mi avance, hasta el punto de que sentí como el suelo temblaba bajo mis pies. Súbitamente, la nave empezó a elevarse en el aire sin ayuda de nada y se detuvo a una altura de un par de metros, y el estruendo se convirtió en un zumbido intenso pero soportable, casi hipnótico, frente al que solo pude seguir observando aquella nave sin apenas parpadear.

Tras sostener aquel vuelo a tan poca altura, una de las paredes inferiores de la nave se abrió al deslizarse un panel de su superficie, permitiendo que aquella luz tan potente también saliera por aquella abertura. Sin embargo, aquello no fue lo que me dejó boquiabierto —si es que todavía no lo estaba—, sino lo que emergió de su interior. Primero no fue más que una sombra, un raya vertical, pero a medida que salía de la nave, una silueta se perfiló y, tras la primera, otras dos. A priori se podía decir que eran humanoides, tenían una figura erguida sobre dos

extremidades y con otras colgando, a modo de brazos, a sendos lados de unos cuerpos relativamente anchos, aunque estilizados. Lentamente, casi como si levitaran, descendieron, pero nunca llegaron a tocar el suelo y entonces, sin que el contraluz jugara en su contra, fue cuando pude ver a la perfección que aquello, de humano, no tenía nada. Aparentemente iban desnudos, y su piel era de un tono grisáceo y parecían estar recubiertos en algunas zonas por lo que parecía un exosqueleto; la altura era considerable, superaban los dos metros con facilidad, sus rostros —si es que se podía decir que tenían— eran alargados con dos pequeños y ceñudos agujeros a modo de ojos sobre una abertura vertical que eran más unas oscuras fauces que una boca.

Si aquel instante me hubiera despertado junto a mis colegas tirado en mitad de la nada y con el sol de la mañana tostándome la piel, hubiese comprendido que aquello era lo único que podía ser, un sueño. Pero no me desperté, seguí allí, congelado por lo que mis ojos estaban viendo, incapaz de avanzar o retroceder, contemplando como tres extraterrestres levitaban a un palmo del suelo mientras rodeaban lentamente su nave.

Cuando mi cerebro hizo un clic fue como si despertara de aquel trance y, por un instante, creí que aquellas figuras no me habían visto o percibido de algún modo, pero cuando hice ademán de moverme para regresar sobre mis pasos, los tres alienígenas giraron sobre sí mismos y me contemplaron con aquellos rostros inexpresivos. Por un segundo nos observamos mutuamente sin que ningún de los cuatro tuviese muy claro qué hacer, pero al cabo de un instante, casi el de un parpadeo, las tres figuras se cernieron sobre mí hasta el punto de que un escalofrío de pavor recorrió mi espalda. Intenté volverme, correr, pero los nervios y los sentidos embotados me hicieron tropezar para terminar sentado sobre la arena, contemplando como aquellos tres seres me rodeaban y clavaban en mí aquellas miradas vacías.

—¿Ho-Hola? —dije entre tartamudeos, sin tener muy claro que estaba haciendo.

Como era de esperar, ninguno de los otros respondió, pero tuve la impresión de que me sondeaban con la mirada, como si pudieran leerme la mente o algo por el estilo a través de sus ojos.

Y, de repente, sin que tuviese tiempo de reaccionar de otro modo, un temblequeo se apoderó de los alienígenas, cuyos cuerpos empezaron a cambiar

frente a mis ojos, encogiéndose, cambiando de color, en definitiva, metamorfoseándose en tres humanos vestidos de pies a cabeza que, un segundo después, posaban sus pies en el suelo.

Si no hubiese sido porque lo acababa de presenciar y por la presencia de la nave que los escoltaba, cualquiera hubiera dicho que se trataba de tres hombres comunes.

—¡La hostia! —exclamé dando un bote.

Los otros ni se inmutaron, solo se acercaron un poco más moviéndose con la espalda muy recta y unos pasos firmes. Cuando estuvieron muy poca distancia de mí, uno de ellos extendió la mano, ofreciéndomela. Dudé por un instante, pero después alargué la mía y dejé que aquel ser me ayudara a levantarme.

—Gracias... supongo —dije sacudiendo la mano del extraterrestre con agradecimiento.

Tras observar el gesto que les había regalado, como única respuesta, los tres alienígenas sonrieron sutilmente con sus rostros humanos.

Un extraño e incómodo silencio, solo roto por el zumbido de la nave, se apoderó de aquel inesperado encuentro en la tercera fase, sobre todo para un estudiante universitario que, si ya no tenía muy claro como actuar en sociedad, mucho menos como entablar una conversación cordial con un extraterrestre.

«¿Hablarán del tiempo?», me pregunté un instante antes de fruncir el ceño y sorprenderme por tener aquellos pensamientos tan absurdos en un momento tan transcendental como aquel.

Sin embargo, antes de que pudiera hacer o decir nada más, un silbido, como el de los trenes que anuncian su partida, emanó de la nave, provocando que los tres alienígenas volvieran a alzarse sobre el suelo y levitaran de nuevo en dirección al ovni. En apenas unos segundos, las tres figuras desaparecieron en el interior de la nave y la abertura se cerró tras ellos.

Por un momento, no supe lo que estaba pasando, pero cuando el estruendo volvió a estallar de nuevo, haciendo retumbar el suelo, y la nave empezó a elevarse hacia el cielo nocturno deslumbrándome, lo comprendí. En apenas unos segundos, la nave se elevó muy por encima de la superficie del suelo, centenares de metros, tal vez, y, en un abrir y cerrar de ojos, reemprendió el vuelo dejando una estela de luz tras ella como única evidencia de lo que acababa de vivir.

No pude más que quedarme atónito contemplando el cielo con los ojos tan abiertos como pude, como si esperara algo, aunque, en realidad, era mi mente que se había detenido en seco y estaba tardando más de la cuenta en volver a funcionar con normalidad tras procesar todo lo ocurrido.

En el instante en el que la luz se disipó por completo, solo iluminado por la tenue luz de la luna, sentí que no era más que un pobre humano que permanecía en tierra, cuando ahora sabía que más allá de aquellos puntitos que brillaban en el cielo había algo más que oscuridad.

Para la mayoría, aquel día no fue más que el 27 de julio de 1977, pero para mí fue el día en el que mi vida cambió para siempre.

Tras lo vivido aquella noche, no pegué ojo. Las horas pasaron frente a mí sin que me diera cuenta y el día siguió a la noche en un rápido suspiro.

En cuanto los primeros rayos de sol alumbraron el lugar de acampada improvisada de mis amigos, estos fueron despertándose uno tras otro, entre quejidos y gemidos por la mala noche... y eso que no habían tenido la misma experiencia que yo. Al ver que no estaba con ellos, empezaron a buscarme a gritos, hasta que, al escucharlos vociferar mi nombre como posesos resacosos, reaparecí tras una duna con cara ojerosa y sorprendida.

—Menuda cara llevas, colega —me Ernesto—. Ni que no hubieras dormido.

Respondí con una mueca difícil de interpretar.

—¿Dónde coño estabas? —me preguntó Pedro.

A lo que respondí con un encogimiento de hombros lacónico, no podía o no quería responder, pero los recuerdos eran demasiado recientes como para compartirlos sin más.

Mientras subíamos de nuevo al Supermirafiori y ocupábamos nuestros asientos, empecé a darle vueltas en si debería contarles o no lo que había vivido aquella noche, aunque yo mismo siguiera sin creérmelo del todo. Y de la misma manera que la noche se me había pasado en un abrir y cerrar de ojos, las primeras horas de viaje de aquella mañana se volatilizaron sin que fuera consciente de que los demás habían retomado las bromas y las chanzas de la noche anterior.

Finalmente, cuando ya hacía unas horas que el coche circulaba por aquella autovía y ya había dejado atrás el desierto en el que habían pasado la noche, me armé de valor y hablé.

—No os vais a creer lo que me ha sucedido esta noche.

Todos, incluido el conductor, me observaron enarcando una ceja con suspicacia.

—¿Qué has dormido al raso? —bromeó Juan.

—¿Qué has tenido un sueño húmedo? —añadió Ernesto.

Hice cara de asco y negué con la cabeza.

«Seguro que vale la pena contárselo ¿o me tomaran por loco?», me pregunté mientras los demás me seguían observando a la espera de que les contara lo que fuese que las drogas habían provocado en mi mente.

Tras unos segundos de dudas, hice de tripas corazón y les relaté mi encuentro con los alienígenas con tantos detalles como fui capaz de recordar e incluir en la historia, para que vieran que no eran imaginaciones mías. Sin embargo...

—¿Qué cojones esnifaste ayer y no compartiste con nosotros? —me espetó Pedro mirándome a través del retrovisor del coche.

—Nada, en serio, os estoy diciendo la verdad y nada más que la verdad —afirmé como si aquellos chicos fueran el jurado de una película americana.

Pero, desafortunadamente, siguieron sin creerme... y no lo harían nunca.

El resto de aquellas vacaciones estudiantiles fueron bien, aunque, de vez en cuando, tuviese que aguantar todo tipo de bromas sobre mi aventura en el desierto, y aunque algunas veces intenté defenderme y luchar para que lo creyeran, finalmente lo dejé por imposible. Además, también se hicieron bromas sobre la forma de conducir de Pedro o la poca fortuna de Juan con las chicas con las que intentó ligar allí por dónde pasábamos.

Después de aquello y a medida que pasaban los días y después los meses, fui yo mismo el que dejó en un segundo plano la experiencia que había tenido la noche del 27 de julio de 1977. Las responsabilidades como estudiante en seguida me quitaron todo el tiempo, sin embargo, en el fondo de mi mente, el recuerdo perduró y, de vez en cuando, en los momentos en los que me relajaba o que no tenía otra cosa en la que pensar, aquellos minutos junto a los extraterrestres regresaban a mí. Aunque hubiese querido, jamás lo hubiera podido olvidar del todo, siempre estaba allí, en el fondo de mi mente a punto de emerger a la superficie.

Durante los primeros años después de mi encuentro, es decir, mientras terminaba los estudios y empezaba mi carrera profesional, los extraterrestres siempre quedaron en un segundo plano. Esto no quería decir que si había un documental en la televisión sobre el tema no lo viera, o si descubría una revista en un quiosco con algún artículo sobre alienígenas no la comprara, se podría considerar más un pasatiempo que otra cosa, algo divertido con lo que matar el rato... pero todo dio un giro de ciento ochenta grados una noche de otoño de 1985.

Como era habitual, siendo soltero y teniendo un empleo que me permitía ciertos lujos, me había juntado con un grupo de amigos, entre los que también había alguno de los que conocía de mi época universitaria —como Pedro y Ernesto, con los que aún mantenía el contacto—, y con los que salía habitualmente las noches de los fines de semana, con diversas formaciones en el grupo, pero con los que nos divertíamos sin tener en cuenta quién había o quién faltaba.

Aquella noche en particular había empezado como cualquier otra, sin nada especial que la diferenciase de las demás. Nos habíamos reunido en un bar concurrido de entre los que solíamos utilizar como punto de partida de nuestras fiestas; después tomamos una decisión rápida para decidir el lugar de la fiesta de aquella noche; y mientras emprendíamos el camino, bromeaba con los amigos y flirteaba de manera intrascendente con las amigas; así como dedicaba alguna miradita fugaz a alguna desconocida con la que nos cruzábamos y con la que tenía muy pocas probabilidades de éxito, pero muchas esperanzas.

El rato fue pasando, sin demasiada prisa, el momento era cómodo y divertido y no había nada que pudiera interrumpir aquella magnífica velada. Yo, así como unos cuantos de mis amigos, tomábamos algo en la barra del club, charlando a gritos por encima de la música a la espera de que alguna chica nos hiciera caso, aunque tampoco le poníamos demasiadas ganas porque, como solía ocurrir, no lo estábamos pasando la mar de bien compartiendo aquella amistad superficial.

Sin embargo, y para sorpresa de todos, el afortunado de aquella noche fui yo. De repente, para mi sorpresa, una chica rubia que había al fondo, tomando un cubalibre en una mesa redonda alta y con la que crucé la mirada un par de veces de forma esquiva me guiñó un ojo y se encaminó a la pista. Al darse cuenta, mis colegas me corearon y me dieron palmadas de felicitación en la espalda mientras daba un último trago a la copa y me dirigía a la zona de baile para reunirme con

mi supuesta conquista. ¿Cómo terminaría aquella noche? Nadie lo sabía, pero yo estaba decidido a pasármelo bien.

Una vez estuve frente a la chica vi que, realmente, había tenido mucha suerte, ya que solo con poder bailar con ella tendría suficiente, no digamos si salía de la discoteca cogido de su cintura y sin mirar atrás a mis amigos. El baile empezó discreto, sin demasiados aspavientos, pero, poco a poco, los dos fuimos acercándonos hasta que apenas había espacio entre nosotros. Las canciones fueron sonando y nosotros seguíamos bailando, realmente nos importaba poco lo que sonara en los altavoces, sin apenas habernos dirigido la palabra ambos teníamos la sensación de que, entre nosotros, había química... y parecía que ninguno de los dos quería desaprovechar la ocasión.

Como era de esperar, las luces brillaban sobre nuestras cabezas, con fogonazos no aptos para epilépticos, pero parecía no importarnos, hasta que, de repente, una potente luz nos iluminó y deslumbró por igual, cegándonos por un instante. La chica, así como el resto de los bailarines, apenas se dio cuenta de aquel cambio de luces —que formaba parte del juego de niebla y luces de neón que caracterizaba el ambiente de aquel local— y siguieron bailando, pero para mí no fue igual. Aquella estridente llamarada de luz eléctrica me evocó un recuerdo que, si bien no había olvidado, había relegado a un segundo plano, igual que hubiera hecho con cualquier sueño extraño. De repente, las imágenes se proyectaron en mi mente casi como si las estuviera viviendo de nuevo: la nave espacial, los tres alienígenas, su transformación en humanos y aquella sensación de que yo no era más que una mota de polvo en el enorme desierto del cosmos.

Todo transcurrió en un instante, ya que cuando regresé al presente y a la pista de baile de aquella discoteca, la chica con la que estaba bailando parecía no haberse dado cuenta del fogonazo mental que un servidor había experimentado. Estaba sudoroso y temblaba de frío, mi mente había hecho un clic para que aquel recuerdo pasara a primera línea y no me dejara pensar en nada más. Entonces, al darse cuenta de que había dejado de moverme y de restregarme contra su cuerpo, la chica se volvió y me miró a los ojos a muy poca distancia. Otro hubiera aprovechado para probar la primera tentativa de acercamiento físico, un beso con el que pudiera centrarme de nuevo en el presente y no en aquel recuerdo por el que el destino me había condenado a ser perseguido. Pero solo pude preguntarme: «¿Y si es una de ellos?».

Instintivamente di un paso atrás asustado, la chica hizo una mueca de extrañeza y, sin saber exactamente el porqué, deseché aquella oportunidad que tenía en frente, me disculpé entre murmullos apenas audibles por el estruendo de la música, y me alejé de la pista, dejando a la chica boquiabierta y a mis amigos, que me observaban con envidia desde lejos, atónitos.

Nervioso, abandoné la discoteca sin mirar atrás y regresé a mi casa sin poder sacarme de la cabeza lo que había vivido ocho años atrás, casi como si lo acabara de revivir en aquel mismo instante.

«¿Estaré loco?», me pregunté casi consternado, «¿serán alucinaciones de algún tipo?», seguí interrogándome, pero no, lo sabía, no estaba ni por asomo loco, tenía muy claro lo que había vivido en los Monegros y estaba decidido en resolver todas mis dudas para poder pasar página.

De este modo, lo que había empezado siendo una noche de fiesta como cualquier otra y que tenía la pinta de terminar siendo memorable, acabó siéndolo, pero motivos muy diferentes. Casi fue como si hubiera tenido una epifanía.

Después de aquel momento, el recuerdo se volvió cada vez más vívido; a cada parpadeo, las imágenes regresaban a mí, arrastrándome e impidiéndome pensar en nada más que no fueran aquellos tres alienígenas y su nave. Sin poder contar la verdad a nadie —o sin atreverme a hacerlo—, rompí completamente con la realidad y con la vida que hasta entonces había llevado. Solo iba al trabajo, dejando de lado todo lo demás al margen y dedicando todos mis ratos libres a mi nueva obsesión: los alienígenas y la búsqueda de las respuestas que mi mente tanto necesitaba.

El único lazo afectivo que mantuve fue con mi familia, con vosotras y con papá y mamá, para que no sospecharais de que me había vuelto loco o algo por el estilo, y manteniéndoos mi otra vida de ufólogo en secreto.

Solo, de vez en cuando, cuando la verdad me carcomía por dentro y no podía mantener mi último descubrimiento en secreto, te lo contaba a ti, Valeria, como si fuera un relato de misterio y fantasía. Parecía que te lo creyeras a pies juntillas, pero cuando creciste y dejaste de ser una niña para ser una mujer, tuve que dejarlo de lado por miedo a que te distanciase de mí.

Así pasé los años, dedicando todo mi tiempo a mi afición secreta. Recopilaba artículos de expertos de las revistas —más adelante también de internet—, noticias de sucesos extraños, testimonios de avistamientos, desapariciones

inexplicables y un largo etcétera con la esperanza de que en alguno de ellos pudiese hallar una evidencia que me confirmase que lo que había vivido en 1977 era cierto y no una alucinación. Y aunque siempre había estado seguro de lo que había visto, a veces, la falta de resultados me hacía flaquear y dudar de mis propias convicciones.

Las vacaciones, además de dedicar unos días con mi pequeña familia, ya que después de la muerte de papá y mamá solo me quedabais vosotras, las aprovechaba emprendiendo viajes a los lugares más recónditos del mundo en busca de nuevas pistas, siguiendo alguna explicación que hubiera escuchado u oído de algún experto. Y es que además de mantener una gran investigación con la que tenía llena una habitación en mi casa —que cuando leáis esto puede que ya hayáis descubierto—, me volví asiduo a las conferencias y a los congresos de ufología que daban en diversos lugares, y en los que no me sentía tan extraño. A ellos también asistían personas que habían tenido experiencias con extraterrestres y nadie parecía reírse de ellas o mirarlas con suspicacia, al contrario, eran escuchadas y tomadas en consideración por los investigadores. Aunque nunca le conté a nadie lo que había presenciado en los Monegros, siempre aproveché la ocasión para comparar mi experiencia con las de los demás y sentirme uno más de ellos.

Los años fueron pasando y, como podéis suponer, las fiestas que habían capitalizado mis fines de semana hasta esa revelación fueron rápidamente sustituidas por coloquios y encuentros de todo tipo. Si antes había creído tener amigos —la mayoría de los cuales desaparecieron de mi vida cuando no quise salir con ellos sin dar un motivo creíble como una mujer o hijos—, no fue hasta que conocí a Saúl que no supe lo que realmente era la amistad.

Corría el año 2002, el miedo por el fin del mundo y el efecto 2000 ya habían pasado de largo, ya no era un joven treintañero que iba a comerse el mundo, sino un contable intrascendente que pasaba de los cuarenta y que no pretendía mostrarse interesante para nadie, ya que lo realmente importante estaba más allá de las estrellas, o eso creía.

Ese fin de semana estaba en París donde un popular divulgador de la ufología —de esos que siempre eran invitados a los programas de televisión y vendía libros

de los antiguos astronautas como churros— estaba dando una conferencia en el concurrido salón de actos de un céntrico hotel. Yo estaba escuchando atentamente, aunque ya conocía su discurso y podría rebatirlo en muchos aspectos —sobre todo al compararlo con mi experiencia personal—, me gustaba la manera de hablar de ese hombre y como explicaba los misterios de la historia y del cosmos —yo sería incapaz de dirigirme a un auditorio como aquel—, cuando la puerta del salón de actos se abrió haciendo más ruido del esperado, provocando que muchos giraran las cabezas para mirar al fondo de la sala y que el conferenciante titubease por un instante, pero solo era un hombre que llegaba tarde y había tenido la mala fortuna que los goznes de la puerta chirriasen.

Yo fui de los que se giró, pero el único que siguió observando el recién llegado, había algo en él que había conseguido captar mi interés. Más tarde supe que era el destino.

No era muy alto, lucía una descomunal barriga a juego con la papada cubierta por una incipiente barba, y tenía el pelo rizado y desordenado. Iba desaliñado, con un grueso jersey de lana verde caqui, sobre una camisa de cuadros, unos vaqueros desgastados y una deportivas que habían visto tiempos mejores; a grandes rasgos se podía decir que era raro —¿quién no lo era en aquel lugar?— y no dejaba de mirar hacia todos lados nervioso, como si escaneara el lugar.

«¿Quién debe ser este tipo?», me pregunté, pero, en ese instante, nuestras miradas se cruzaron. Pude ver como unos ojos empujados por los cristales de las gafas se fijaban en mí. Al hacerlo, volví la cabeza y miré al frente, hacia la tribuna desde la que el conferenciante seguía hablando.

Un segundo después y asegurándose de que cerraba la puerta sin interrumpir de nuevo, el hombre avanzó por el pasillo lateral de la sala en busca de un asiento que, curiosamente, encontró a mi lado. En un primer momento, me sentí incómodo al ver que se sentaba tan cerca de mí habiendo tanto espacio disponible, pero en seguida se me pasó cuando el hombre sacó un bloc de notas del interior de su bolsa y lo abrió. En las primeras páginas que pasó con un gesto mecánico, pude ver un dibujo hecho a lápiz con todo tipo de detalle de una figura que conocía muy bien. Incluso sin pintar, pudo sentir el color grisáceo de la piel cubierta por algunas zonas por el exosqueleto, pero lo que realmente me llamó más la atención fue aquella negra y vacía mirada que me observaba del mismo modo que había sucedido en 1977.

Solo vi aquel dibujo un instante, pero fue suficiente para que me envalentonara e hiciera algo que no hacía normalmente, socializar.

—Un bosquejo interesante —dije en un susurro ladeando un poco la cabeza para que el hombre lo escuchara, pero no los demás.

El hombre se sorprendió y giró la cabeza, momento en el que sonreí señalando el bloc de notas con la mirada, a lo que él correspondió pasando páginas y volviéndomelo a mostrar.

—¿Realmente lo cree interesante? —preguntó.

—Más de lo que podría suponer.

El hombre sonrió.

—Saúl Rubio —se presentó ofreciéndome la mano.

—Ramón Cabanas —respondí estrechándosela.

La conversación hubiese continuado en el aquel preciso momento —como si de dos viejos amigos se tratara y no de dos completos desconocidos—, pero alguien nos chistó y cual jovenzuelos soltamos una sonrisilla cómplice y nos portamos bien lo que quedó de conferencia, aunque no le prestamos demasiada atención, ya que ambos ya estábamos pensando en lo que nos diríamos cuando pudiéramos.

Fue al terminar la conferencia, cuando los dos salimos del hotel y nos encaminamos hacia la primera cafetería que encontramos, no nos importaba si era un café moderno o una viejo bistró. Al llegar, pedimos un par de cafés con leche y ocupamos una mesa arrinconada.

Antes de empezar a hablar, Saúl sacó el bloc de notas de su cartera y me lo entregó con total confianza. Con manos temblorosas por la emoción, lo hojeé rápidamente hasta dar con el dibujo que tantos recuerdos me evocaba.

—Impresionante.

—¿Lo es? —preguntó incrédulo—. Llevo años mostrando este dibujo a expertos y siempre me dicen que no encaja con las descripciones de los testimonios visuales.

Abrí los ojos como platos y asentí con firmeza sin dejar de mirar el bosquejo.

—Le puedo asegurar que sí que coincide —dije sin pensarlo demasiado.

Saúl me observó alzando una ceja con suspicacia.

—Ah, ¿sí?

Levanté la mirada y dudé por un instante que era lo siguiente que diría, mi experiencia solo había sido contada una sola vez a mis compañeros de la universidad, y no había salido demasiado bien. ¿Me atrevería a contárselo a un completo extraño?

—Más de lo que cree —dije finalmente reuniendo todo el valor que no me había atrevido a buscar en mi interior desde esa noche de 1977.

El otro me contempló a la expectativa, también hacía muchos años que corría por los circuitos de ufología como para saber que tras aquella afirmación había algo más.

Así que, sin más, abrí mi cofre de los recuerdos a Saúl Rubio... y descubrí que fue lo mejor que podía haber hecho. Con él tenía a un público entregado, dispuesto a creerlo todo y, a la vez, fue liberador narrar los acontecimientos de aquella noche a alguien dispuesto a escucharme.

Cuando hube acabado mi explicación, durante la cual Saúl no había dicho absolutamente nada, me mantuve expectante a la respuesta del que esperaba poder considerar mi nuevo amigo, pero este no dijo nada.

—Entonces, ¿no tienes nada que decir? —pregunté impaciente.

Saúl tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Es magnífico, eres la pieza que faltaba en mi rompecabezas.

No lo entendí, pero no tardé en hacerlo cuando Saúl me explicó quien era y a que se dedicaba. Al igual que yo, hacía décadas que investigaba cualquier suceso extraño en busca de evidencias sobre extraterrestres, y de todas las narraciones y testimonios que había encontrado, hubo una que siempre le pareció más auténtica, más creíble, la que realmente debería ser la punta de lanza de las investigaciones. Nada de hombrecillos verdes, las descripciones de aquellos seres coincidían mejor en los supuesto biológicos de alienígenas que no vivieran cerca de nuestro sol, o sometidos a otro tipo de luces y entornos. Desafortunadamente, nunca se lo tomaron en serio, no tenía pruebas suficientes para que le hicieran caso y tampoco era lo suficientemente popular para dirigirse al gran público... pero él no se había rendido y seguía persiguiendo su propia quimera, con la esperanza de que algún día dejara de serlo.

—¿Qué tienes sobre ellos? —le pregunté señalando el dibujo del bloc de notas.

—¿Que qué tengo? —dijo Saúl—. Este bosquejo es solo una gota de agua en el océano de cosas que tengo sobre ellos.

Sonreí, por primera vez en mi vida sentía que no estaba tan solo como siempre había creído.

Lo que había empezado siendo la enésima conferencia sobre los mismos temas, a la que ambos asistimos más por vicio que por que realmente creyéramos que respondería a nuestras dudas, fue un encuentro que lo cambió todo. Si yo tenía una habitación de mi piso de Barcelona dedicada a mi investigación, Saúl había ido mucho más allá. Tras el encuentro en París, mi nuevo amigo me invitó a visitarlo en Madrid, en cuyo extrarradio vivía y poseía su despacho, como él mismo lo clasificó, aunque cuando lo visité descubrí que de despacho no tenía nada... era mucho más.

No tardamos ni una semana en reencontrarnos en el aeropuerto de Barajas, donde Saúl fue a recogerme en su coche y, dejando de lado los monumentos del centro, me condujo hacia al sur, hacia Getafe. En aquel pueblo que nada tenía que ver con la capital, Saúl vivía en un modesto apartamento que visitamos fugazmente para que yo dejara la maleta, antes de dirigirnos allí donde pasaba la mayor parte de su tiempo.

A un par de calles de su casa, en una zona en la que las viviendas se entremezclaban con locales ocupados por toda una variedad de negocios —de reformas integrales a bares con ínfulas de modernidad y otros de muy añejos—, Saúl me condujo a un lugar apartado y tranquilo, y se detuvo frente a una pequeña persiana metálica cubierta por pintadas. Sacó una llave con la que abrió el candado que la mantenía cerrada y la alzó de un tirón. Ambos pasamos a su interior, un pequeño recibidor de paredes de yeso laminado sin pintar. Saúl bajó la persiana tras nosotros, encendió una lámpara medio destartada que había en un rincón y dejó sus cosas colgadas en unos ganchos que había en una de las paredes, justo al lado de unas sillas maltrechas.

—Tú mismo, como si estuvieras en tu casa —me invitó Saúl.

Me quité la chaqueta y la dejé doblada en una de las sillas, mientras que Saúl, con otra llave, abrió la única puerta que se veía en aquella salita. Hasta entonces el lugar había sido una decepción, ya que parecía un despacho mal diseñado y peor construido dentro de un local comercial, pero en cuanto crucé aquella puerta de madera falsa, me quedé atónito.

Aquel vestíbulo solo era como una cámara de descompresión del exterior, casi como una distracción para ojos no autorizados, ya que una vez se accedía al resto del local, aquello se convertía en el país de las maravillas de cualquier ufólogo. Las paredes estaban cubiertas de estanterías que subían hasta el techo, llenas hasta arriba de papeles apilados, archivadores con fechas apuntadas, periódicos viejos, libros y revistas en decenas de idiomas. En el centro de la sala, una gran mesa presidía el espacio y, sobre ella, una docena de aparatos electrónicos zumbaban a pleno rendimiento, un radar, un sónar, una radio de largo alcance, un par de ordenadores y otros aparatos que no supe identificar, pero que aportaban credibilidad a todo lo que Saúl me había contado hasta entonces. Finalmente, al fondo de aquel enorme despacho, integrado en las estanterías que decoraban la pared, una enorme mesa de escritorio, simple pero práctica, con dos ordenadores y varios montones de papeles, era el lugar de trabajo de Saúl Rubio, el ufólogo.

—Bienvenido a mi pequeño centro de investigaciones.

—¿Pequeño? —espeté—. ¡Venga, ya! Esto es enorme.

—No será para tanto.

—Me creerías si vieras el lugar en el que tengo mis cosas.

Saúl sonrió.

—Pues tranquilo, puedes sentirte como si estuvieras en tu casa y venir siempre que quieras.

Si yo le había revelado la verdad sobre mi encuentro con los extraterrestres, Saúl no había dudado en recompensármelo acogiéndome como lo había hecho.

—Y, ahora, vayamos a lo importante...

Las palabras de Saúl se quedaron en el aire cuando giró sobre sus talones y se dirigió a un archivador que había cerca de su escritorio. Lo sacó sin esfuerzo, pero, por el gesto que hizo, estuvo claro que aquello pesaba bastante. Con un rápido movimiento apartó las cosas que había sobre una zona de la mesa central, y apoyó en ella aquella enorme carpeta antes de abrirla. De su interior extrajo un fajo de papeles de todo tipo, desde folios impresos a notas escritas a mano, hojas de periódicos... pero lo que de seguida captó mi atención fueron las decenas de dibujos e imágenes de todo tipo que había entre ellos.

—Después de lo que me contaste, sabía que esto sería lo que te atraería.

Con las imágenes entre mis manos, dije:

—Todo esto no puede ser posible.

—Pero lo es.

Además de dibujos y bosquejos similares al que Saúl tenía en su bloc de notas, había fotocopias de antiguos grabados medievales, fotografías de pinturas rupestres, imágenes borrosas captadas por aficionados, y otras procedentes de lo que parecían satélites, pero en todos ellos había dos rasgos en común, la misma nave frente a la cual había estado y, lo más importante, representaciones de los seres con los que había tenido contacto.

—Ahora me doy cuenta de que en todos estos años solo he raspado la superficie.

—Bueno, tampoco te martirices, por lo que me has dicho solo llevas en esto desde los ochenta y aún eres joven, yo soy un poco mayor que tú y hace unos cuantos años más que me dedico a esto.

—Ya, pero todo esto es... —dije con voz temblorosa.

—Déjalo ya, Ramón —me cortó Saúl posando una mano en mi espalda para reconfortarme.

—Por fin... por primera vez en mi vida desde que me topé con ellos tengo pruebas que confirman lo que vi, lo que durante años creí que solo fue un sueño —dije emocionado repasando una vez tras otra aquellas imágenes—. No sabes la de veces que he estado a punto de tirar la toalla, de darlo todo por perdido y convertir aquel recuerdo en un sueño... en una pesadilla. Pero ahora, ya no importa que nadie pueda creerme, yo, con esto, tengo suficiente para seguir adelante.

—¿Te sientes mejor?

—Por supuesto, es como si me sacara toneladas de peso de mis espaldas, por primera vez en casi treinta años me siento bien, relajado, pudiendo pasar página y dejar que aquella experiencia se quede donde pertenece, al pasado.

Saúl sonrió, aunque no podía ponerse en mi piel, él no había vivido lo mismo, sin duda lo comprendía y compartía aquel momento, ya que yo era la prueba física de que las teorías que llevaba años persiguiendo eran ciertas.

—Pero esto es solo el principio.

—¿El principio?

Saúl asintió.

—Ahora que estamos juntos podremos empezar a trabajar para esclarecer muchas cosas, ¿no?

Observé a mi interlocutor, toda mi investigación había empezado mientras buscaba una explicación o lo que fuera que justificara lo que había vivido hasta ese momento. Ahora, con las pruebas que me acababa de dar Saúl frente a mí, creía que no hacía falta seguir buscando y, por supuesto, nunca me había llegado a plantear que fuera posible ir un paso más allá con mi investigación.

—¿Cuento contigo, Ramón? —preguntó Saúl ofreciéndome la mano.

La observé, me detuve un instante, pero después comprendí que, si bien no podía permitir que aquel recuerdo me amargara la vida, tampoco podía renunciar a todo lo que había hecho en los últimos treinta años y hacer borrón y cuenta nueva; llegados a ese momento de mi vida era un ufólogo de pies a cabeza y estaba orgulloso de ello.

—Por supuesto —respondí con firmeza.

El otro sonrió y empezó a hablar atropelladamente sobre todo lo que tenía en sus archivos y que deseaba compartir conmigo, provocando que, de repente, ambos nos pusiéramos a trabajar conjuntamente sin apenas descansar, todo por el bien de nuestra investigación.

Después de aquellos primeros e intensos días en Getafe, la relación entre los dos creció y se estrechó, la ufología nos había unido y nos había permitido dejar de ser tan solitarios. Después de muchos años, ambos estábamos orgullosos de decir que teníamos un amigo en el que poder confiar plenamente. Por lo que cualquier excusa era buena para que uno fuera a Madrid o el otro a Barcelona, lo importante era ir poniendo en común todo lo que ambos habíamos conseguido reunir a lo largo de los años como investigadores amateurs, a la vez que nos topábamos con nuevos hallazgos, para poder, más adelante, presentárselos al mundo... sin saber que aquel objetivo, aunque noble, también sería arduo.

Los años transcurrieron, y además de nutrir nuestros archivos y ordenadores con todo tipo de documentos que podíamos conseguir de las fuentes más extrañas e inimaginables, nos reunimos en más de una ocasión para seguir el rastro de algún avistamiento reciente. Siempre que nos llegaba una noticia interesante, por pequeña, circunstancial o discreta que fuera, buscábamos la manera de hacer un

hueco en nuestras agendas —justificando la ausencia en el trabajo o frente a nuestras respectivas familias—, y fuera en coche o en tren, en barco o en avión, salíamos a la caza. Aunque pocas eran las veces que conseguíamos algo. En la mayoría de los casos nos topábamos con las puertas de los testimonios en nuestras narices, no querían hablar más del tema, querían dejarlo pasar y dejar de ser el hazmerreír del pueblo. Otras, unas pocas, los involucrados agradecían que alguien los escuchara, pero sacábamos más bien poco. La descripción de una extrañas luces en el cielo nocturno, una luna que brillaba poco o que era más grande de lo normal, marcas extrañas en los cultivos... Pero lo que siempre nos faltaban eran pruebas fiables —o relativamente creíbles— para adjuntar a la investigación, ya que, con diferencia, en todos los casos, algún tipo de autoridad —fuese la policía, algún extraño departamento de la administración o los servicios secretos de uno u otro país— nos pasaban por delante y apenas nos dejaban las migajas, las mismas que aparecían en los medios de comunicación, si es que lo hacían. Estábamos seguros de que cuando alguien nos decía que «unos hombres de negro habían venido antes», quien fuera que se tratase, se encargaba de limpiarlo y no dejar ni la más pequeñas de las evidencias para que gente como nosotros las pudieran encontrar.

Pero las cosas ocurrieron de un modo muy diferente un domingo del mes de marzo de 2022... es decir, el pasado domingo, el último días que estuve con vosotras.

Como muchos otros fines de semana que no estaba ocupado con alguna conferencia o visitando a Saúl, me había reunido con vosotras para pasar el domingo y comer juntos, una costumbre que siempre intentaba conservar. Normalmente apagaba el teléfono o lo dejaba en silencio para que nada nos distrajera de la conversación —que últimamente giraba alrededor de la película de Valeria, una futura gran directora... aunque siempre lo niegues—, sois la única familia que tengo; pero, por algún motivo, ese día me olvidé de hacerlo o mi subconsciente me dijo que no lo hiciera en algún tipo de premonición.

Estábamos disfrutando del postre, un pastel de chocolate que Marta suele preparar y por el que tengo una devoción casi sacrílega, cuando mi teléfono sonó.

—Uy, ¿qué es eso? —preguntaste tú, Marta.

Levanté el rostro del plato y con la boca medio llena dije:

—Creo que es mi teléfono.

—¿Hoy no lo has apagado?

—Debo haberme olvidado, no importa, luego ya veré quién es.

Intercambiasteis una mirada, y fue Valeria la que dijo:

—No importa, tío, seguro que si te llaman el domingo será importante.

Me encogí de hombros, me levanté de la mesa y fui en busca de la chaqueta, en cuyo bolsillo interior guardaba el móvil.

—Sí.

—¿Ramón? —dijo una voz al otro lado de la línea.

—¿Saúl?

—El mismo, ¿te pillo en mal momento?

—Sí... Bueno, no. Dime, ¿por qué me llamas? —pregunté preocupado, Saúl conocía mis costumbres y las respetaba como yo las suyas, por lo que normalmente no me llamaría un domingo a no ser que fuera importante.

—Tengo un rastro muy bueno... y reciente —dijo con voz nerviosa Saúl.

—¿Cómo de reciente?

—Tanto que deberíamos irnos ya.

Dudé por un instante, pero por el tono de voz de mi amigo estaba claro que no estaba exagerando.

—Está bien, dame un rato para despedirme de mi familia para que no sospechen y te vuelvo a llamar.

Él estuvo de acuerdo, cortamos la llamada y regresé a la mesa.

—¿Quién era? —preguntasteis casi al unísono.

—Nada, un viejo amigo que se ha acordado de mí y me ha llamado para vernos —dije quitándole importancia a la llamada.

Debí acertar con la mentira, ya que ninguna de las dos cuestionasteis mis palabras y seguimos charlando de todo y de nada hasta que conseguí irme sin que vosotras, aparentemente, sospecharais de algún tipo de comportamiento extraño.

Pero, en cuanto salí de la finca, cogí el móvil y me puse en contacto con Saúl, que me puso al día de inmediato. Según me contó, uno de sus contactos en el ejército británico —en más de una ocasión le había preguntado por ellos, pero no había conseguido saber como un hombre como Saúl tenía tantos conocidos en lugares tan dispares como un ejército europeo y un circo ambulante del medio oeste estadounidense—, le había informado de un avistamiento y posterior aterrizaje de un objeto volador no identificado en territorio británico.

—¿La fuente es de fiar?

—Por supuesto, no te llamaría si no lo fuese —respondió Saúl.

—Pues, en ese caso, cogemos un avión hoy mismo y vamos.

Saúl chasqueó la lengua.

—Ahí es donde está el problema... el lugar del aterrizaje.

—Has dicho en territorio británico.

—Territorio británico de ultramar.

—Y eso significa...

—El archipiélago de Tristán de Acuña... en el Atlántico Sur.

Me llevé la mano a la frente, no sabía ubicarlo con exactitud, pero estaba claro que no nos valdría con un vuelo de un par de horas y otras tantas en un coche.

—¿De que nos sirve si es casi imposible llegar?

—Precisamente será eso lo que nos permitirá jugar con ventaja, está tan lejos que nadie priorizará limpiar el lugar.

Alcé la mirada al cielo, aquella no era la primera vez que me embarcaba en una aventura con Saúl, pero, sin duda, era la primera que nos obligaría a cruzar medio mundo y salir de la zona de confort de los aeropuertos internacionales y las oficinas de alquiler de coches.

—Está bien, ¿cuándo nos vamos?

Sin darme cuenta, tres días más tarde recordaba aquella conversación con diversión, ya que en un principio había creído que nos quedaríamos varados en cualquier aeropuerto a la espera de enlazar hacia un destino imposible; pero en ese momento, cogido a la barandilla de la cubierta de un carguero que se balanceaba sobre las olas del Atlántico, me sorprendía de los recursos de los que podía echar mando el bueno de Saúl —sigue siendo una caja de sorpresas—. En esos tres días, habíamos viajado en un vuelo comercial hacia Inglaterra, habíamos tomado un avión de carga que nos había llevado hasta una ciudad costera del sur de África, donde habían logrado convencer al capitán de ese carguero para que en su ruta hacia Sudamérica diera un pequeño rodeo hasta allí.

Justo cuando regresaba al presente, Saúl y el capitán se unieron a mí tras salir de la cabina.

—Hace buen día, ¿eh? —preguntó el capitán casi como si se estuviera riendo de nosotros, ya que el mar estaba picado, el horizonte se fundía con una densa bruma y la llovizna se confundía con las salpicaduras del agua marina.

Los dos asentimos siguiéndole la chanza con una sonrisa en el rostro

—Ya estamos llegando, aquella es la isla principal del archipiélago —apuntó el capitán señalando con el dedo el único rastro de tierra firme en aquel océano enfurecido—, nuestro destino está un poco más al sur, pero tranquilos que llegaremos —afirmó antes de regresar al interior del barco vociferando órdenes en un idioma que no conseguí identificar.

—Menudo viajecito —afirmó Saúl con una sonrisa, estaba disfrutando de lo lindo con aquella aventura, mucho más auténtica que cualquiera que hubiésemos compartido.

—Y que lo digas —apunté y, por fin, solté lo que me había estado escociendo desde que habíamos partido—: ¿Supongo que tendrás un plan para volver?

Saúl me dedicó una mirada divertida y respondió:

—Más o menos, pero es un detalle sin importancia, en este caso eso es algo que no importa sabiendo lo que tal vez nos espera.

Preferí no continuar la conversación, ya que ello hubiese implicado pensar más de la cuenta en ese pequeño detalle sin importancia, y darle demasiadas vueltas a algo por lo que ya tendría tiempo de preocuparme cuando llegase el momento.

Como nos había anunciado el capitán, al cabo de unas horas de aquella conversación, tras dejar atrás los perfiles escarpados de Tristán de Acuña, los acantilados de la isla Inaccesible aparecieron frente a nosotros. Aunque el carguero navegaba a una velocidad más que buena, el tiempo enfurecido y el impresionante paisaje hizo que el rato durante el cual los bordeamos hasta llegar a una extensa playa al norte se eternizara.

Aunque más tranquilo, en aquella zona de la isla el tiempo seguía siendo bastante duro, y además soplaba un fuerte viento que levantaba la arena de la playa, alzando pequeñas nubes.

—Un lugar perfecto para pasar unas vacaciones, caballeros —dijo con tono jocoso el capitán mientras nos ayudaba a desembarcar el poco equipaje que llevábamos en el bote que nos había acercado a la costa.

Respondimos con una sonrisa cordial y nos despedimos de los hombres que nos habían acompañado hasta allí, para después ver como el carguero se fundía con el horizonte de aguas picadas de aquella tarde de marzo en el Atlántico Sur.

En cuanto el barco desapareció de nuestra vista al sumergirse en la bruma que limitaba nuestro campo de visión, Saúl miró a su alrededor como si quisiera cerciorarse de que estábamos solos —como si alguien pudiera estar allí—, y sacó un GPS por satélite de la mochila.

—Rápido, tengo las coordenadas exactas del lugar en el que el ovni ha tocado tierra, no perdamos ni un minuto —anunció emprendiendo una carrera siguiendo el rastro de ese pequeño aparato que pitaba a cada paso que daba.

Con pasos rápidos, los dos recorrimos la playa en dirección oeste, pero pronto pudimos comprobar que el GPS era del todo inútil, ya que nos topamos con algo con lo que jamás hubiésemos podido soñar: un enorme surco oscurecido en el suelo de tierra de la isla provocado por un objeto ardiendo que se había estrellado allí.

—¿Has... Has visto? —dijo Saúl casi dispuesto a besar el suelo.

—Bueno, no nos emocionemos, puede tratarse de un meteorito.

—¿Estás seguro? —espetó Saúl emprendiendo una alocada carrera por el interior de aquella trinchera en dirección oeste, sabiendo que a cada paso estaba más cerca de lo que había perseguido a lo largo de su vida.

Pero no hizo falta que ninguno de los dos diera una respuesta a aquella pregunta, ya que, al cabo de unos minutos, casi al borde de un acantilado, justo donde terminaba aquel surco, lo que tanto habíamos estado esperando se nos presentó ante los ojos. Un descomunal platillo volante estaba varado allí, a la vista de cualquiera que quisiera mirar, como si esperara ser descubierto e investigado por nosotros.

Mientras seguíamos avanzando, sentí como las lágrimas recorrían mi rostro al ver aquel objeto, ya que sino era el mismo de 1977 era exactamente igual. Con la luz del ocaso, estuvimos lo suficientemente cerca de la nave como para tocarla.

—Es igual que la de tu relato, ¿no?

Asentí y la toqué, sintiendo que, por fin, cuarenta años después, ante mis ojos tenía una evidencia indiscutible de lo que había vivido en los Monegros era cierto. Titubeante, empecé a comparar los detalles de mi ya antigua experiencia con aquella, viendo, de inmediato, una diferencia.

—No brilla igual...

—Puede que esta no tenga energía —afirmó Saúl mientras que con las manos recorría la superficie metalizada, como si quisiera absorber información por todos sus sentidos.

Mientras el veterano ufólogo siguió con su examen rápido y apresurado, como si tuviera miedo de que la nave emprendiera el vuelo y desapareciera en cualquier momento, yo no pude más que gozar de ese momento. Me abstraí de cuanto me pudiera rodear, fue como si incluso el soplo del viento en aquel islote perdido de la mano de Dios hubiese desaparecido, solo estábamos la nave y yo. Era como si en cualquier momento un panel de la nave se pudiese abrir y, de su interior, envueltos en una potente luz, apareciesen tres alienígenas y me saludaran como lo habían hecho cuarenta años atrás. Fue como si el tiempo no hubiese transcurrido.

De repente, rompiendo aquella ensoñación, Saúl regresó junto a mí y me zarandé con nerviosismo.

—Ven, rápido, no te lo vas a creer —exclamó tirando de mí como un niño pequeño que quiere que su padre le haga caso.

De regreso al presente, obedecí a Saúl y lo seguí mientras rodeaba la nave, cuyo aterrizaje debía haber sido bastante accidentado a decir por el estado del casco y la posición ladeada en la que había quedado.

Cuando estuvimos al otro lado, a escasos metros del borde del acantilado, en el que se podía ver una mayor parte de la zona inferior de la nave, Saúl se detuvo y señaló hacia un punto en concreto.

—Mira, falta un panel del casco. La nave está...

—Abierta —concluí viendo en aquello la posibilidad de dar un paso más de los que pude dar en 1977.

Observamos la apertura que se abría un poco por encima de nuestras cabezas.

—Creo que te toca, amigo —me dijo Saúl señalando la apertura con la mirada.

—¿No quieres ser el primero en subir? A mí no me importa que...

—No digas tonterías —me cortó—, lo correcto es que seas tú el que subas allí arriba y veas lo que hay dentro.

No se lo discutí más y, con su ayuda haciendo de escalera humana, me aupé hasta la apertura y me dejé caer en el interior. Todo estaba oscuro, al fin y al cabo,

parecía que la nave no tuviera energía, demostrando que aquel aterrizaje había sido mucho peor que el que presencié en los Monegros. De la mochila saqué una linterna y sin miedo a lo que podría encontrarme, la encendí. Lo que hasta entonces había estado a oscuras cobró vida y me permitió examinar el interior de la nave. El espacio en el que estaba era amplio, pero, por el tamaño, solo era una parte de la nave; sus paredes eran tan lisas o más que las del exterior del casco, y no tenían ni una arista, todas las juntas eran redondeadas. La inclinación de la nave hacía que todo estuviera de lado, pero pude ver que aquello parecía algo así como un almacén, una zona de carga y descarga. Con pasos cuidadosos para no resbalar sobre aquella superficie tan lisa, seguí avanzando hacia el interior, descubriendo un umbral cuya puerta estaba entornada.

«Es como si todos los sistemas hubiesen fallado», pensé mientras cruzaba aquella puerta, accediendo a otro espacio aún más grande y, por lo que pude comprobar, mucho más importante.

Al principio me pareció que la segunda sala era igual que la anterior, pero en cuanto el haz de luz de la linterna barrió el lugar, descubrí lo que parecían una serie de sillas enfrentadas a las paredes. Al acercarme, pude confirmar que se trataba de asientos, frente a los cuales había lo que le parecieron paneles de control y sendas pantallas. Llevado por la curiosidad, palpé aquellos controles y sentí que se trataba de una superficie blanda que respondía a mi tacto, aunque sin energía no servía para nada. Si hubiese sido por mí, hubiera continuado toqueteando aquello, pero mientras lo hacía mi linterna iluminó algo que jamás hubiera creído que encontraría.

—No... no puede ser cierto...

Mis palabras se las tragó el eco de la sala y se fundieron con el aire igual que mi aliento, que se paralizó al ver lo que iluminaba la linterna. A unos metros de mí, tumbados en el suelo y sin vida, había media docena de cuerpos con el mismo aspecto de los extraterrestres con los que me había topado aquella noche que ya me parecía tan lejana. Atraído por una fuerza irrefrenable, me fui acercando y alargué la mano para comprobar que era cierto lo que mis ojos veían, pero cuando mis dedos estaban a escasos centímetros del antebrazo de uno de esos cuerpos, un grito me sobresaltó. Era Saúl.

En un primer momento pensé en no hacerle caso, pero ante la insistencia de mi amigo retrocedí sobre mis pasos y me asomé a la apertura hacia el exterior.

—¿Qué? ¿Hay algo interesante?

No respondí, solo sonreí y me asomé cuanto pude a la apertura extendiendo el brazo para ayudar a Saúl a subir.

Los dos recorrimos el mismo camino que ya había hecho, y como era de esperar Saúl se emocionó con lo primero que vio, pero tiré de él y lo obligué a seguir avanzando y hacerlo cruzar la puerta a aquella sala de control. Saúl protestó, pero en cuanto vio lo que enfocaba mi linterna calló de inmediato.

Aunque yo ya lo había visto y Saúl no podía contener la emoción, por algún extraño motivo, ambos nos quedamos paralizados observando aquella escena que era mucho más triste de lo que podía parecer. Aquellos seres yacían sin vida, no eran más que unos exploradores cuya misión había fracasado estrepitosamente y había acabado con sus vidas. Aunque sus ojos eran aquellas cuencas vacías que ya conocía, en aquel momento parecían sin vida, sin aquel siniestro brillo que me había cautivado años atrás.

Tras esos instantes en el que ninguno de los dos se atrevió a moverse, yo tomé la iniciativa y volví a acercarme con lentitud y respeto al cuerpo de uno de esos seres. Poco a poco alargué la mano y extendí los dedos mientras la escena era iluminada por mi linterna y la de Saúl, cuyo pulso temblaba por culpa del nerviosismo que recorría su cuerpo. Al cabo de unos segundos, que se eternizaron tanto como si el tiempo se hubiese detenido, mis yemas hicieron contacto con la piel grisácea de los extraterrestres. El tacto era suave, pero no como el de un melocotón, sino como el de una estatua de mármol muy pulida.

Sin dejar el contacto, me volví para intercambiar una mirada emocionada con Saúl, pero justo cuando las pupilas de los dos se cruzaban, sentí como si un relámpago cruzase mi cuerpo, como si toda la energía que contenía estuviera siendo conducida hacia mi mano... hacia el extraterrestre. De repente, el cuerpo sin vida del ser con el que mantenía contacto pareció recobrarla, como si gracias al contacto conmigo pudiera recuperar parte de la energía perdida tras estrellarse.

Los dos nos asustamos y de un salto me aparté, pero ninguno de los dejó de observarlo, y mucho menos cuando el alienígena se incorporó y quedó sentado en el suelo, mirándonos con aquel rostro carente de expresión, pero no de vida.

Durante un instante, ninguno de los tres hizo ni dijo nada —si es que el alienígena era capaz de ello con aquella abertura vertical que cruzaba su rostro—, pero después, cuando nosotros dos ya estábamos calculando la manera de salir

de allí por piernas, el extraterrestre empezó a mover las manos y los brazos, como si gesticulara con unos aspavientos muy calculados.

—¿Qué... qué está haciendo? —dije soltando la pregunta al aire sin la esperanza de que mi amigo me respondiera... pero me equivocaba.

—Esto es... pero no es posible... pero no puede ser otra cosa... —balbuceó Saúl.

—¡Suéltalo ya, hombre! —le espeté.

—Creo que está utilizando el lenguaje de signos.

Lo observé interrogativamente, claro que sabía que era la lengua de señas, pero no la conocía y mucho menos creía que la podía utilizar para hablar con alienígenas.

—Se trata de la versión internacional, una suerte de esperanto para personas sordomudas, pero que se utiliza.

—Ya... pero ¿lo entiendes? ¿sabes lo que está diciendo? —pregunté dirigiendo una rápida mirada hacia el alienígena que no cesaba de mover las manos.

—Sí —respondió, dejándome, una vez más, sorprendido por sus incontables recursos—, pero dame un momento, hace mucho tiempo que no lo uso...

Saúl me dejó a un lado y enfocó con firmeza la linterna hacia el alienígena, que en ningún momento se había detenido.

—Está repitiendo una vez tras otra lo mismo... —empezó a decir mi amigo—. Dice que no le hagamos daño, que... ¡no lo matemos!

Los dos dimos un respingo, con lo asustados que estábamos en ningún momento habíamos llegado a pensar que el extraterrestre estuviera malherido —o moribundo— en un territorio desconocido para él, es decir, tan o más asustado que nosotros.

—Dile que no le haremos daño, que le ayudaremos en lo que podamos —me apresuré a exclamar mientras zarandeaba a Saúl.

—Ya voy, ya voy, no creas que esto es tan sencillo —protestó a la vez que se concentraba para recordar la manera de conjugar una frase en aquel lenguaje y transmitírsela al alienígena.

En cuanto Saúl lo hubo hecho, el alienígena detuvo sus gestos de repente y pareció pensar.

—¿Qué está haciendo? —pregunté.

—Y yo qué sé —respondió tan intrigado como yo.

Después de ese instante de silencio, el extraterrestre empezó a mover las manos de nuevo y Saúl lo tradujo en voz alta.

—Se muestra sorprendido, pero agradecido. En concreto, te da las gracias a ti.

—¿A mí?

Saúl interrogó al alienígena y este respondió.

—Sí, a ti, por lo que entiendo no están muertos si no en algún tipo de hibernación para sobrevivir y la energía que le has transmitido le ha permitido recuperarse... —Saúl hizo una pausa mientras el extraterrestre seguía hablando—. Y nos pide si podemos ayudar a sus compañeros y... ¿a la nave?

—¿A la nave?

—Eso dice.

El extraterrestre siguió sacando todo el provecho a aquella lengua de signos que, para sorpresa de nosotros, parecía dominar con mucha soltura.

—Por lo que dice, la nave funciona igual que ellos, con una energía que parece que podemos ofrecerle nosotros, casi como si fuera otro ser vivo —dijo Saúl y me preguntó—: ¿Te ha dolido?

—No lo suficiente para no repetirlo —afirmé justo antes de alargar la mano y ofrecérsela al extraterrestre.

Este encaró su rostro inexpresivo hacia la mano como si la observara y, tras unos instantes en los que pareció que titubeara, la estrechó con fuerza. Un nuevo relámpago de energía recorrió mi cuerpo, pero resistí y comprobé que, realmente, no era dolor lo que sentía, sino una sensación extraña y peculiar, como un fuerte cosquilleo. De un tirón, alcé el cuerpo del alienígena cuya piel ya recuperada mostraba ese tono más brillante, y lo ayudé a que se sostuviera sobre sus pies enfrente de mí. Una vez de pie, el extraterrestre no soltó mi mano, sino que la sacudió... Entonces, sentí un escalofrío recorriendo toda mi espalda.

«¿Era el mismo que me ayudó a levantarme en 1977 y repetía el gesto que le hice?», pensé, estuve tentado en pedirle a Saúl que lo preguntara, pero, por un extraño motivo, no lo hice, prefería conservar aquella sensación de que el círculo de mi historia se cerraba, no me hacía falta confirmarlo, me sentía feliz y con ello tenía suficiente.

Tras el primer contacto, la conversación entre el extraterrestre y Saúl fue cada vez más fluida, y los dos colaboramos con él para despertar a los demás que, al igual que Número Uno —sobrenombre con el que bautizamos al primer

alienígena que despertó—, pidieron misericordia, pero, de inmediato, Uno les explicó la situación.

Con todos los tripulantes de la nave despiertos y recuperados de energía — parecía ser que los humanos éramos como unas pilas superpotentes para ellos—, la atención se centró en la nave, que funcionaba con el mismo principio pero que debía operarse de una forma en particular. Los alienígenas ocuparon sus respectivos lugares en aquella sala de control y solo con su tacto sobre las superficies blandas que creímos acertadamente que eran los controles, estos se encendieron, así como las pantallas, mostrando todo tipo de comandos, caracteres e indicadores que, como era de esperar, ninguno de los dos comprendió. Sin embargo, ambos estuvimos agradecidos por poder presenciar aquello que tanto habíamos anhelado a lo largo de nuestras respectivas vidas.

Después de unos minutos en los que los alienígenas estuvieron enfrascados trabajando en los controles, Uno se acercó a nosotros y nos invitó a seguirlo hacia el interior de la nave, más allá de aquella sala. El resto eran salas de características similares, con paredes y umbrales redondeados y que no tenían una dedicación aparente, pero Saúl se abstuvo de preguntar, no por falta de curiosidad, sino porque Uno parecía bastante impaciente para que le siguiéramos. Finalmente, llegamos a una sala completamente circular, seguramente ubicada en el centro de la nave, que estaba presidida por cuatro grandes cilindros de un material blanco y traslúcido.

Uno se detuvo frente a ellos y, en lenguaje de señas debidamente traducido por Saúl, dijo:

—Por favor, tocadlos.

Los dos intercambiamos miradas de suspicacia, no porque desconfiáramos de Uno, sino porque no sabíamos lo que estábamos a punto de hacer. Pero, a pesar de ello, ninguno de los dos se negó, y un segundo después tanto Saúl como yo apoyamos las palmas de las manos sobre los cilindros. En cuanto lo hicimos, sentimos un calambre mucho más potente que cuando despertamos a los extraterrestres, pero ninguno de los dos se arrepintió, ya que valía la pena por lo que vimos a continuación. Las zonas donde teníamos apoyadas las manos se iluminaron con una potente luz que se expandió por los tubos en cuestión de segundos. En cuanto los cilindros brillaron como grandes lámparas incombustibles, Uno nos invitó a que repitiéramos el proceso en los dos cilindros

restantes, y esta vez, además de despertar lo que debían ser las baterías de la nave, también se escuchó el zumbido que significaba que volvía a funcionar a plena potencia.

Mientras observábamos como las paredes de la nave se iluminaban al ritmo que aumentaba la potencia del zumbido, pudimos sentir como, lentamente, la nave se nivelaba después de quedarse varada en aquel acantilado.

Uno se acercó y, situándose completamente frente a nosotros, gesticuló con las manos.

Saúl hizo ademán de traducir, pero lo corté, había comprendido perfectamente lo que nos decía Uno, y le pregunté:

—¿Cómo se dice «de nada»?

Mi amigo me mostró el gesto y, mirando directamente al inexpresivo rostro de Uno, lo reproduce.

La respuesta fue algo que comprendimos como un gesto de gran agradecimiento por haberlos ayudado en aquel momento.

Después, Uno nos guio de nuevo a la sala de control, donde nos invitó a sentarnos en unos asientos vacíos que se asemejaban a unos taburetes altos de estilo psicodélico. En un principio tuvimos la impresión de que nos ubicaban allí como niños pequeños que no debían interferir en lo que hacían los mayores — malditos prejuicios humanos, ya que eso sería lo que haríamos nosotros con una especie supuestamente inferior—, pero de inmediato comprendimos lo que nos estaban ofreciendo. Frente a nosotros una pared se iluminó y mostró lo que había en el exterior. Ninguno de los dos creyó que lo que veían nuestros ojos fuera posible, pero en seguida supieron que lo era. En el monitor se podía ver la Tierra desde el espacio en todo su esplendor, aquella gran bola azul y verde parecía empequeñecerse a medida que nos alejábamos de ella.

Sin darnos cuenta, mientras recorríamos los pasillos internos de la nave desde la sala de los motores con Uno, el resto de los extraterrestres habían hecho volar de nuevo la nave.

Al ver las expresiones de sorpresa en nuestros rostros, Uno se acercó a nosotros y afirmó:

—Solo es una prueba de vuelo, regresareis a vuestros hogares.

Pero fue como si ninguno de los dos le hiciéramos caso, estábamos completamente cautivados por la extensión estrellada del espacio y lo pequeña

que podía ser la Tierra en comparación con el resto del cosmos. Por ese motivo, si alguien nos hubiera preguntado, seguramente ambos habríamos respondido que no teníamos prisa en volver.

Fue en ese instante, sentado en aquel extraño taburete y viendo como mi planeta natal se alejaba de mí lenta pero inexorablemente a través del visor de una nave extraterrestre, cuando en mi interior empezó a fraguarse una idea que, si bien no era una mala idea, era la más temeraria que jamás hubiera tenido. Si todo aquello era cierto —y lo era— como había creído desde aquel verano de 1977, no podía regresar sin más a mi puesto de trabajo, a mi día a día gris y anodino, y mucho menos a mis investigaciones, ya que mis conclusiones estaban frente a mí y nadie me creería cuando las expusiera. ¿Quién lo haría si narraba mi nueva experiencia alienígena ante el público? Ni tan siquiera yendo secundado por Saúl sería creíble, ya que salvo mi testimonio no tendría nada más, ni una sola prueba tangible. Además, sabiendo lo que ahora sabía, que importancia tenía concluir mi investigación, yo ya tenía lo que quería. Sin embargo, no podía dejar de preguntarme si ese sería el último capítulo de mi historia.

Sin embargo, a pesar de que esa duda me rondaba por la cabeza, me costó centrarme en ella cuando tuve la ocasión de contemplar desde mi cómodo asiento lejanas estrellas, planetas desconocidos por el hombre y soles gemelos que jamás nadie hubiera podido imaginar, y mucho menos describir en estas pocas líneas.

Lo que para nosotros fue un viaje más allá del umbral de nuestra existencia, para los extraterrestres, probablemente, no había sido más que un paseo por el campo —seguramente no habíamos recorrido más que una milésima parte del viaje de regreso a su planeta de origen—, pero en ningún momento protestamos ni hicimos preguntas, ya que lo que pasaba frente a nuestros ojos era tan cautivador y fascinante que, simplemente, nos dejamos llevar.

Sin embargo, como sucede con todos los viajes, este llegó a su fin. Por los gestos que los alienígenas se intercambiaban, la prueba de vuelo había sido un éxito, y la nave deshizo el camino para regresar a la tierra.

—No os preocupéis, esta vez calcularemos mejor el aterrizaje —dijo Uno.

Nos observamos perplejos, ¿ese extraterrestre estaba bromeando o simplemente estaba siendo aplastantemente sincero? No preguntamos por educación, pero pudimos ver como la nave se cernía sobre la tierra a una velocidad de vértigo que hubiera revuelto las tripas del astronauta más

preparado, aunque ninguno de nosotros sintió nada en la comodidad de la nave alienígena.

Cuando ya sobrevolábamos el Atlántico con mejor fortuna que la anterior ocasión, Uno volvió a dirigirse a nosotros.

—Aterrizaremos en una zona alejada de vuestra civilización por nuestra seguridad, pero desde donde podáis regresar a vuestros hogares con facilidad. Sabemos cuán lejos quedaba para vosotros el anterior emplazamiento de nuestra nave.

—Gracias —respondió Saúl sin más, no por no saber que decir, sino por tener demasiadas preguntas en su mente como para ordenarlas de forma coherente.

El vuelo siguió con la suavidad que lo había caracterizado hasta entonces y con el zumbido acompañándolo de fondo. Vimos pasar islas, golfos y cabos de la costa africana bajo nosotros, haciéndonos sentir como el más rápido de los pájaros, y, cuando quisimos darnos cuenta, sobrevolábamos el sur de España en dirección nordeste. En aquella zona del mundo ya era de noche, por lo que la nave no era más que una luz fugaz que cruzaba el cielo a altísima velocidad, así que las probabilidades de ser detectada eran muy pequeñas.

En aquel corto espacio de tiempo en el que ambos habíamos estado en la nave, habíamos podido comprender porque los extraterrestres eran tan difíciles de ver, al fin y al cabo, su tecnología superaba con creces la humana y sabían muy bien donde se adentraban cuando decidían visitar planetas diferentes al suyo... aunque, a veces, les fallaran los sistemas y requiriesen la ayuda de dos raritos como nosotros para reemprender el vuelo.

Antes de que pudiéramos darnos cuenta, la nave aminoró la marcha y se detuvo sobrevolando una zona demasiado conocida para mí.

Uno volvió a acercarse y nos dijo:

—Hemos llegado. —Y dirigiéndose a mí añadió—: Supongo que este lugar te será conocido. —En cuanto concluyó la frase se acercó y me ofreció la mano para que se la estrechase.

—No puede ser posible... —farfulló Saúl que conocía al dedillo mi experiencia—. ¿Puede ser el mismo ser?

—Puede ser —respondió Ramón.

—¿Quieres que se lo pregunte?

—No, no me hace falta... creyendo que lo es, soy feliz —respondí antes de corresponder al gesto de Uno.

Tras aquello, Uno se encargó de acompañarnos a la salida no sin antes que el resto de los extraterrestres se despidieran de nosotros cordialmente y agradecidos por nuestra ayuda.

Recorrimos aquellos hangares luminosos y de esquinas redondeadas acompañados por Uno y aquel suave zumbido, y fue entonces cuando la duda de que me había asolado unas horas antes me golpeó con crueldad. Al cabo de un instante, estábamos frente aquel panel de la nave que se abría y que nos permitiría bajar a la firme tierra del desierto de los Monegros. En aquellos escasos segundos, en mi interior sentía como si el paso que estaba a punto de dar cerraría el círculo de mi historia, pero, a la vez, no haría más que repetirla desde el principio. Era como si, al otro lado, me estuviera esperando mi yo del pasado... Al fin y al cabo, fueron tres los seres que bajaron de la nave bien podrían tratarse de nosotros dos y de Uno.

Mientras yo me perdía ante aquella ocurrencia, ya que Uno y los otros eran extraterrestres no viajeros del tiempo, y una vocecilla en mi interior empezaba a decir: «Aunque la relatividad del tiempo y del espacio...», la voz de Saúl mientras gesticulaba locuazmente me devolvió al presente.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó mirando a Uno con curiosidad.

—Puede o puede que no —respondió el otro—, aunque este planeta es demasiado hostil para permanecer demasiado tiempo, a pesar de que una sociedad simbiótica entre vosotros y nosotros sería muy provechosa para ambos, creemos que no estáis preparados para ello... Al menos, no todos.

Aunque decepcionado por no saber cuando sería el siguiente encuentro, Saúl sonrió, un extraterrestre le acababa de decir que sí que estaba preparado para ir más allá del primer contacto.

—Si cambiáis de idea, pensad en mí.

—Lo haremos.

Tras aquellas breves palabras, que yo observé casi abstraído de la realidad, ya que había algo en mi interior que me carcomía, Uno se dirigió a mí y, aunque no podía comprenderlo, él sí que pudo leer mis expresiones.

—¿Sucede algo?

Parpadeé y regresé al presente.

—Dile que no... —respondí lacónicamente, pero Saúl me conocía lo suficiente como para saber que había algo más.

—¿Pero? —dijo alzando una ceja con suspicacia.

—Sí... No, bueno, sí...

—Decídetes, hombre —me espetó.

Bajé la cabeza y vi como mis pies reposaban sobre el brillante suelo de la nave, y mi mente se dejó llevar entre las mil y una posibilidades que se abrían ante mí, aunque todas ellas dependieran de una sola elección, una que debía tomar en ese preciso momento. Y, por primera vez en mi vida, hice lo que quería hacer, lo que necesitaba, sin pensar en nada más que limitase mi decisión.

Alcé de nuevo la cabeza y, sin dejar de mirar directamente a al rostro sin expresión de Uno, le dije a Saúl:

—¿Puedes hacerle una pregunta?

—Claro, dime.

Carraspeé y me relamí los labios preparándome para lo que estaba a punto de decir.

—¿Debo regresar a mi hogar?

—¿Qué?! —exclamó Saúl de inmediato al comprender lo que pretendía decir con aquella pregunta.

—Calla y pregúntaselo —protesté.

Me obedeció un poco a regañadientes y, por primera vez, pareció que aquel extraterrestre mostraba algún tipo de emoción.

—¿Quieres venir con nosotros? —le preguntó mediante la lengua de signos.

—Sí.

—¿Sabes que es probable que no regreses ni vuelvas a ver a los tuyos?

—Lo sé.

Uno calló durante un instante, como si reflexionara sobre si aquello era posible y, en tal caso, una buena idea, y después gesticuló.

De reojo vi como mi amigo me observaba atónito.

—Dice que, si eres consciente de ello, puedes acompañarlos. Pero...

—Pero ¿qué, Saúl?

—¿Qué sucede con tu vida aquí? ¿Con tu hermana, con tu sobrina... conmigo?

Posé una mano en su hombro.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos?

—Bastantes.

—En ese caso me conoces lo suficiente como para saber que ese 27 de julio de 1977 mi vida cambió por completo y que, desde entonces, ya no siento satisfacción por una vida en la tierra como cualquier otro humano, ¿verdad?

Asintió.

—Esta oportunidad no volverá a presentarse, debo tomar este camino, aunque parezca arriesgado y temerario, porque en mi interior hay algo que me dice que debo hacerlo para pasar página y salir del bucle en el que entré la primera vez que me topé con ellos.

—Comprendo... pero duele.

—No solo para ti, querido amigo —dije mientras Saúl permanecía cabizbajo, no por ocultar las lágrimas sino por el mazazo que se había llevado en aquel momento, ya que, aunque pudiera conocerme, jamás se hubiera imaginado que aquella aventura terminaría de este modo.

Sin embargo, al cabo de un momento, alzó el rostro presidido por una amplia sonrisa de orgullo y me dijo:

—En este caso, esto es una despedida, ¿no?

—Eso me temo.

El labio le tembló levemente, pero Saúl luchó para mantener la sonrisa y, sin pensárselo dos veces, me abrazó como jamás había hecho, por lo que solo pude corresponderle el gesto.

—Solo te pediré un favor, querido amigo.

—¿Cuál? —preguntó.

Con unas breves gesticulaciones Saúl le explicó a Uno que yo deseaba escribir un mensaje para mi familia, esta carta que ahora estoy terminando, y aunque no mostró gesto alguno, accedió a esperarse el tiempo que fuera necesario para que pudiera terminar. Así que, sin demorarme, saqué papel y lápiz y me puse a redactar mi vida desde ese verano de 1977 en el que todo cambió, no solo para que me conozcáis mejor, sino para que cuando la leáis, me comprendáis y entendáis que, si bien me duele mucho dejaros atrás, debo hacerlo para no consumirme por dentro.

Confío en que Saúl cumplirá como el buen amigo que es y os entregará esta carta, y que vosotras os toméis mi ausencia como el largo viaje que tantos años he

esperado poder hacer. Y pensad en lo que ha dicho Uno, que no es seguro que no volvamos, puede que sí o puede que no.

No lloréis por mí, ya que debéis saber que estaré allí donde siempre he querido estar.

Siempre vuestro,
Ramón Cabanas

Saúl no tuvo ninguna prisa para que las mujeres empezaran a lanzar todas las preguntas que seguro que tenían, simplemente aguardó haciendo buena cuenta del café mientras madre e hija leían por lo que había pasado Ramón a lo largo de su vida, desde que el mundo se abría ante él hasta que tomó la decisión más importante de todas. Saúl ya conocía los detalles, no porque los hubiese leído en la carta, sino porque Ramón algunos se los había explicado —ya que ambos consideraban que cualquier detalle de la vida de un testimonio de un encuentro con extraterrestres era esencial para comprenderlo todo—, y porque otros los había compartido con él.

Cuando las dos terminaron de leer la carta permanecieron en silencio, digiriendo lentamente lo que acababan de descubrir de Ramón.

—Ahora entiendo muchas cosas —afirmó Valeria al cabo de unos segundos a la vez que se sentaba en una silla, aún impresionada por aquel relato—, el tío lo dejó todo y se volcó en cuerpo y alma en entender lo que había vivido.

En sus palabras se podía percibir cierta envidia por lo que había conseguido Ramón.

Por su parte, Marta fue más reservada, aunque había leído lo mismo que su hija, seguía sumergida en aquellas páginas, sopesando cuanto de todo aquello se podía creer y cuanto debía considerarlo como los desvaríos de un trastornado.

—Todo esto no puede ser cierto —dijo finalmente.

—Siento decirle que lo es... —respondió Saúl—, yo lo viví y lo conocía lo suficiente como para saber que Ramón jamás mentiría sobre estos temas.

Marta permaneció en silencio unos instantes sin dejar de mirar directamente a los ojos de aquel hombre que acababa de conocer, pero que parecía ser el más íntimo amigo de su hermano; y fue entonces cuando, tras los gruesos cristales de las gafas de Saúl, en sus ojos, descubrió un brillo que le hizo ver la verdad.

—Entonces, ¿todo es verdad? ¿Ramón está... allí arriba?

Saúl la observó con cierto cariño en la mirada, comprendiendo la sensación que recorría por dentro a Marta, ya que él la había vivido hacía muy poco.

—Tan cierto como que después de escribir la carta, dobló las hojas y las ató con un cordón de sus zapatos, y me la entregó —dijo evocando aquellos recuerdos tan cercanos, que en seguida compartió con las dos mujeres—. Los dos suspiramos con fuerza para coger fuerzas y cortar por lo sano aquella despedida que peligraba en alargarse demasiado. Bajé de la nave de un salto y, lentamente,

me alejé de ella mientras veía como mi amigo, mi mejor amigo, aquel con el que había compartido mucho más que con cualquier otra persona que había conocido, se despedía de mí sacudiendo la mano con una potente luz tras él y el panel de la nave cerrándose frente a él. —Hizo una pausa bajando la cabeza con melancolía—. Después, en un abrir y cerrar de ojos, la nave zumbó más fuerte que hasta entonces y se esfumó dejando solo un haz de luz que rápidamente se diluyó en la oscuridad de la noche. De repente, me encontré allí, solo, mirando a mi alrededor para averiguar donde me encontraba y descubrí que estaba en mitad de la nada sin el GPS por satélite que me había dejado en aquella recóndita isla del Atlántico Sur. Y eso me hizo darme cuenta de que, en realidad, yo estaba más perdido que Ramón, que estaba justo en el lugar en el que debía estar... aunque llevara un zapato sin cordón.

Con la última palabra de su narración, Saúl dio por concluida su misión y permaneció a la espera de que Marta y Valeria reaccionaran al respecto.

—¿Pretende que me crea que mi hermano está allí arriba con unos extraterrestres explorando las estrellas? —preguntó con escepticismo Marta, que seguía sin tener muy claro si Saúl le tomaba el pelo o no.

—No pretendo nada, Marta, solo le he contado la verdad, que la crea o no ya es algo que dejo a su elección.

La mujer calló, no tenía ninguna réplica más.

—Yo sé perfectamente lo que vi —continuó Saúl—, y por lo que a mí respecta cada vez que mire al cielo veré a mi amigo feliz surcando el espacio.

Valeria escuchó las palabras de Saúl y vio la sinceridad que había en ellas, por lo que tenía claro que aquel hombre creía a pies juntillas todo lo que ellas acababan de descubrir de su tío Ramón. Sin embargo, al mirar a su madre vio que estaba completamente desconcertada, sin tener muy claro que debía creer y que no, así que decidió coger el toro por los cuernos y reconfortarla.

—Mamá, yo estoy igual que tú, cualquiera lo estaría, me cuesta creer que todo lo que dice esta carta sea cierto, pero conociendo al tío y sabiendo lo que escondía en su casa, debemos admitir que esta explicación, por fantásica que sea, es la más plausible. —Su madre fue a cortarla, pero Valeria la detuvo y continuó—: Teniendo en cuenta que no tenemos más pruebas que nos digan que al tío le ha ocurrido algo completamente diferente, personalmente, prefiero creer que ahora está en una nave espacial junto a un grupo de extraterrestres, como

por lo que se ve era lo que más deseaba, que no cualquier otra opción que nos provocaría mucho más dolor.

Marta la escuchó con atención, en su forma de ser con los pies en la tierra, le costaba ver que su hermano, que su querido Ramón, ese hombre que la había apoyado toda la vida y que había hecho lo mismo con su hija, fuera alguien que creyera en extraterrestres de ese modo. Sin embargo, la explicación de Valeria era mucho mejor que cualquiera de las cosas que le habían pasado por la cabeza en los últimos días.

—Está bien —dijo finalmente bajando la cabeza a la vez que doblaba con cuidado las hojas de la carta de su hermano—. Y, ahora, ¿qué debemos hacer?

Saúl sonrió, se acercó a Marta y posó su mano sobre la de la mujer, cuyo contacto ella no rechazó, sino que simplemente lo observó.

—Cuidar su recuerdo.

Y con aquellas palabras, Saúl se levantó, recogió sus cosas y dejó que las dos mujeres siguieran procesando lo que les acababa de contar. Sabía que era difícil de creer, mucha era la gente que habría reaccionado igual, pero debían saber la verdad para poder pasar página y seguir adelante, como él.

Se despidió cordialmente, salió de la finca y la noche lo acogió. Había llegado a la casa de la familia de Ramón a primera hora de la tarde, cuando el sol todavía calentaba a cualquiera que se paseara bajo su luz, pero las horas habían pasado y ahora un cielo despejado, oscuro y estrellado lo esperaba. Aunque no era tan claro como el que vio en los Monegros poco antes —el tiempo suficiente para ir a su casa, descansar, limpiarse y emprender el viaje hacia Barcelona—, todavía se podían ver centenares de puntitos brillantes en aquel manto de terciopelo negro.

Sin poder evitarlo, una vez más pensó en su amigo y en todo aquello que viviría a partir de entonces, los lugares que visitaría y las cosas que descubriría, y sintió envidia sana, pero envidia, al fin y al cabo. Alzó la mirada al cielo tanto como pudo y sonrió.

«Vive todo lo que puedas y no desaproveches la oportunidad que has perseguido durante tantos años, querido amigo. Disfruta... Disfruta donde quiera que estés», se dijo, sabiendo que cada vez que repitiera aquel gesto, vería a su amigo surcando las estrellas.

Sin dejar de sonreír con ternura, bajó la cabeza, regresó a la tierra y emprendió el camino de regreso a casa.

Umbral

Escrito por Francesc Marí

LASDAOALPLAY? Books — lasdaoalplay.com/books

Editado en Sant Joan Despí, marzo 2026

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de dichos derechos podrá ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

lasdaoalplay.com